Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII | San José, Costa Rica **1931** Sábado 3 de Enero | Núm. 1

Año XII. No. 521

SUMARIO

Waldo Frank se dirige a los estudiantes de Cuba

Croton on Hudson, Nueva York, Diciembre 11 de 1930.

Al Directorio Estudiantil y Cuerpo de Estudiantes de la Universidad de la Habana, Cuba.

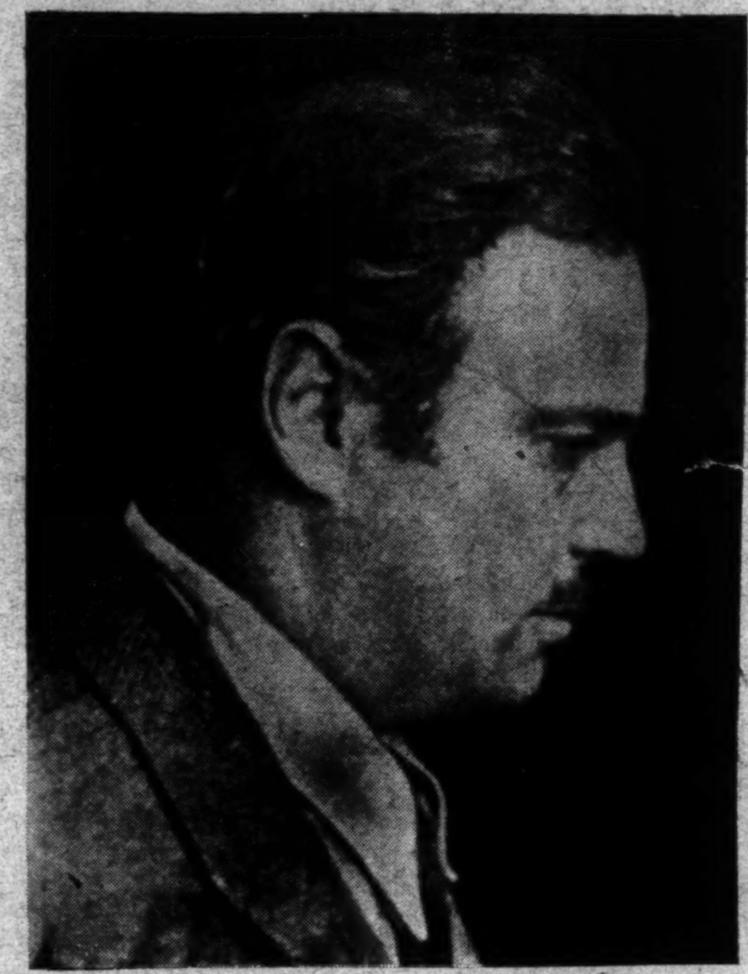
Camaradas:

Estoy siguiendo con honda emoción vuestra lucha por renovar (en realidad por rehacer) la vida de Cuba. Estoy agudamente consciente del terrible dilema que confrontáis. Vuestro Gobierno es esclavo de intereses financieros irresponsables de los Estados Unidos y del Departamento de Estado de Washington, el cual, con cínica hipocresía, está empeñado en una campaña deliberada para imperializar el Caribe entero. Si vuestro corrompido gobierno se mantiene, Cuba continuará siendo una «factoría» para inversiones estadounidenses, una «factoría» no protegida por ley alguna, tales como las que limitan la explotación en suelo norteamericano; pues vosotros, cubanos, no sóis ciudadanos de los Estados Unidos, y cada día más vuestra «independencia» política viene a significar el privilegio de los explotadores para trabajar con una tan implacable irresponsabilidad en vuestro país, que ellos no se atreverían a implantar en el suyo propio. Sin embargo, si vosotros derrocáis a ese gobierno, ello podría significar el desembarque de marinos estadounidenses en la Habana y el implantamiento de un nuevo régimen que vendría a ser el segundo tomo del de Machado, lo que constituye el otro extremo del dilema.

¿Qué podéis hacer? ¿Qué puede un ciudadano de los Estados Unidos excitaros a hacer? En cierto modo me da pena dirigirme a vosotros, pena de mencionar mi propio pesar y mi vergüenza, como hijo que soy del país opresor, impotente para ayudaros. En los Estados Unidos los hombres como yo no tenemos poder. No hay aquí ninguna opinión pública ilustrada con virilidad que la respalde. La mayor parte de nuestra buena voluntad es platónica, en la mala acepción de la palabra. ¿Y quién está interesado aquí en un movimiento revolucionario estudiantil? Nuestros intelectuales, como gremio, han perdido el contacto con lo espiritual, que es la *humana* fuente del pensamiento creador; nuestros grupos estudiantiles son demasiado mimados y demasiado infantiles para excitarse por otra cosa que el fútbol. Vosotros estáis solos en la lucha, solos con vuestros cuerpos de estudiantes y con los intelectuales de los otros países hispano-americanos, quienes, en su mayor parte, están tan desposeídos como vosotros. ¡Estáis solos con la verdad!

No obstante, puedo deciros: ¡Adelante! Aunque no hubiera otra razón, *id adelante, porque sólo así seréis felices.* No dejéis que las cosas prácticas y la sabiduría mundana comprometan vuestros ideales. Contemplad a los que han hecho esos «compromisos necesarios»; los hombres de éxito, los amos del mundo. Ved cuán despreciables, desgraciados y miserables hombres son. Contemplad bien a los hombres, a los hombres prácticos, y no sigáis el repugnante camino que han seguido, y cuyo resultado es el innoble mercado del mundo moderno. Aunque os encarcelen, aunque os maten, como a algunos, debéis tener la satisfacción de saber que estáis viviendo del único modo que hace tolerable la vida. Los enemigos que se han vendido por dólares, no son felices; los indiferentes, en Cuba, en los Estados Unidos, que siguen el oportunismo para alcanzar éxito, placer o poder, no son felices. Necesitan embriagarse con más éxito, más placer o más poder por miedo de darse cuenta de su intolerable modo de vivir. Y por eso os odian: porque vosotros, en vuestra pureza, sois la constante revelación de su propia nulidad. Necesitan negar su nulidad; y, por un mecanismo psicológico común, lo hacen negándoos a vosotros, que los hacéis conocerla.

No puedo aseguraros éxito en vuestro actual empeño de libertar a Cuba y llevarla a una independencia real. Sería expuesto asegurarlo. Podríais no triunfar, por ahora, en vuestro esfuerzo de derrocar la anarquía, de la



Waldo Frank

Croton on Hudson, New York Dec. 11, 1930.

To the Directorio Estudiantil,
and the Student Body of the University of Havana, Cuba.

Comrades:

I am following with deep emotion your struggle to renovate—indeed to re-create—the life of Cuba. I am poignantly aware of the terrible dilemma that confronts you. Your government is the slave of irresponsible financial interests of the United States and of the State Department at Washington which, with cynical hypocrisy, is launched on a deliberate campaign to imperialise the entire Caribean. If your prostitute government remains in office, Cuba will continue to be a «factory» for American investments—a «factory» protected by no laws such as limit exploitation on American soil; for you Cubans are not citizens of the United States and your political «independence» more and more is coming to mean the privilege of the exploiters to work with a ruthless irresponsibility in your country which they would not dare to display in their own. Yet, if you overthrow this govern-

(*Pasa a la página 5*)

cual los hombres como Machado son meros instrumentos. Hacerlo requiere algo más que buena voluntad; requiere método, técnica y trabajo duro y fuerte. Pero este método triunfante puede vivir solamente de una buena voluntad como la vuestra. Antes de que lo obtengáis, quizás vosotros, personalmente, habréis sido aplastados, ya que la anarquía ordenada y la voracidad del mundo moderno *tienen* método. Pero, aunque así sea—hay que encararse bravamente a este mal, como una posibilidad—no importa lo que deba hacerse, no solamente en el sentido del deber, sino que a fin de ser felices. Debéis seguir luchando por libertar y reorganizar vuestro país, a sabiendas de que esta labor es la única recompensa, ya que el hombre que da su vida por la libertad, *por ese solo hecho*, él solamente, vive y es libre.

Estudiantes de Cuba: habéis salido al campo abierto de la acción; os habéis creado vuestros propios conductores, y un programa. En esto, sois afortunados. Antes que lástima, casi siento envidia de vosotros, a pesar de vuestra angustia y de vuestros conflictos. Mi corazón y mi mente están con vosotros. Si yo supiera que mi palabra os anima en lo más mínimo, y estimula vuestra perseverancia, sería para mí un goce indecible: para mí, que estoy solo aquí en este gran país, solo e imposibilitado para actuar con hombres como vosotros, que lucháis por lo que yo sustento.

Waldo Frank

(Trad. de *Adolfo Ortega Díaz*).

Sarmiento en Aconcagua...

(*Viene de la página 2*)

sin ellas, que aquella luz no solamente orna un valle, sino que nutre a las criaturas y que aquel aire generoso y seco acicatea al pesado y al vivo lo pone en una vibración prodigiosa.

La urna de la atmósfera, en que las cosas parecen guardadas para durar, estando más desnudas que en ninguna parte, aproxima la montaña y hace unos juegos prestidigitadores con la distancia; la maravilla está allí, a una jornada, y se cree tocarle las grecas del lomo y las quiebras del casco crinado. No hay tal; los costurones, las arruguitas que se miran desde abajo, son unas serranías de recorrer en meses y unos valles mayores que el nuestro. La luz acérrima, que le confiesa todos los accidentes y la recorta con una brutalidad gloriosa nos permite creer a los del valle que vivimos entre sus pechos, y que vivimos siempre a sus pies, o más abajo de ellos, pues al cabo están bien escondidos al igual de los pies de las vírgenes cuyo manto arrastra.

El aire del valle de Los Andes, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz: él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia que se cumple en grande del lado de Panquehue; subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como en los suelos donde la aridez comienza.

Esta naturaleza de fuerza en la altura y de regaloneo en el valle, ha debido volver soportable a Sarmiento su doble destierro; el de la Argentina y el de la vida urbana que era su preferencia. Si al pobre Pocuro de una sola calle y de memoria de tiza le decimos alguna pesadez porque no se dió cuenta de su hombre ni procuró ayudarlo, tal vez nos contesta que le hizo más sangre en aquellos meses y le dió empuje para que después se peleara con los adulones de Bello o con los innocuos Domingo Godoy, cuando llegase a Santiago...

Provincias fraternales.— Quienes aseguran saber de Sarmiento en Aconcagua, y saberlo por aquellos que lo vieron, cuentan que parecía un criollo aconcagüino, un decidor de bromas de bulto, nada *citadino* melindroso, nada pedante, bastante brusco cuando le hostigaban con una opinión cerril: una especie de Facundo al revés, del cual la leche fuerte de la pampa había hecho un bueno violento y que no sabía ser bueno sino poniendo alguna arremetida en medio de las acciones benévolas.

No se engañaban en aquello de que parecía aconcagüino de mejor calidad que los vistos. Por aquellos tiempos sin Transandino, en que los arreos de ganado eran más frecuentes y penetraban lentamente a Chile, Coquimbo y Aconcagua, con Mendoza y San Juan, vivían una misma costumbre, casi hablaban el mismo canturreo y la estampa rural de gran sombrero de espuela cruel y de poncho de vicuña, mostraba el mismo énfasis de platas y de buenas lanas.

Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a *huasos* y a *cuyanos* trocar sucedidos fabulosos de la Cordillera, mientras circulaba el mate terriblemente común, y sus caras se me confunden en el recuerdo. La misma color de baya de algarrobo, los ojos acalenturados y burlones, y un cuerpo delgado que las cabalgatas de meses no dejaban engrosar.

Aquellas provincias eran una lonja criolla muy ceñida y muy donosa de la América, sin ninguna extranjería aún, y Martín Fierro podía hallar buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos engolosinados con la tonada que cae y se endereza lo mismo que el lazo.

Las cosas han cambiado bastante y se me ocurre que vamos separándonos a medida que recibimos inmigración, que quien nos taja el trozo de las costumbre mudándonos en extraños, es el de afuera con todo lo que ha traído consigo. El mendocino ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñedo unánime y cerros centauros: durmiendo en la misma cama de paisaje nos hemos arreglado para no parecernos más. El hispano-americanismo, cosa de nuestra generación, quiere acomodar lo averiado y crearnos otro orden cordial; pero para mí que la cosa perdida que es la costumbre igual en los valles de los Andes, esa sí era la cara de la fraternidad.

Conservación de la reliquia.—Don Pedro Aguirre Cerda, hacendado y profesor, que es dueño de la tierra de Sarmiento en Pocuro, hablaba una vez conmigo sobre esa reliquia americana que no hemos honrado con honra grande ni pequeña: ella no ha merecido ni unas horquetas que la mantengan en pie unos años. Hablamos de fundar allí una Escuela-Granja Sarmiento, excelente en una zona ruralísima, y si no pudiéramos ambos con la empresa, traspasar al Gobierno la obligación bastante imperiosa.

Mi amigo retiene su promesa, y yo creo que su libro reciente, *La cuestión agraria*, cuya edición él destina a una escuela-granja en que ambos guardaríamos la intervención entera, busca juntar buenos dineros con esa finalidad.

Cuentan que Apolonio de Tyana, pseudo mago o mago de veras, recorría el Mediterráneo buscando lugares que se le antojaban sobrenaturales por algunas facciones extrañas a fin de esconder en su suelo ciertos talismanes de su construcción. Quería saturar tal o cual sitio de espíritu fuerte, turbar en esos puntos la tierra que es más pesada que la tortuga, por medio de unos dinamos disimulados bajo amuleto. El talismán irradiaba *poderes* y lograría provocar un profeta oportuno en el lugar, el santo de que necesitamos de tarde en tarde, o bien espolonear a los santones y volverlos maestros de cuerpo entero. El pobre Apolonio de Tyana vino caminando desde Egipto a las francesas islas Lerici, parándose en los paisajes que le hacían un signo de aquiescencia y clavando allí el talismán famoso, no tan encima que el aluvión se lo llevara, ni tan soterrado que sus rayos no saltaran a la superficie y acogiesen al pasajero bienaventurado.

Nosotros tenemos, por más que nuestra historia cruja todavía de almidón, muchísimos lugares históricos a lo largo de nuestra América que pueden servirnos para un menester mágico semejante al de los talismanes excitadores de Apolonio: descansos o peleas de Bolívar, casa mendocina donde conversaron San Martín y O'Higgins, vivienda de Morelos, *estaciones* de José Martí, y las escuelas de Sarmiento desde la primera a la última. Estos lugares de cita formidable con la historia pueden desatarnos la electricidad de la creación, que guardamos a veces en el puño, sin empleo; pueden aplicarnos de la coronilla a los pies, el fustazo que dieron a San Pablo en el camino de Damasco; pueden remecernos con terremoto salubre de la carne la pesadez de casa de adobe que llevamos todavía, aunque nos creamos tan ágiles y desembarazados.

El disgusto de la miseria escolar, así en la roña didáctica como en la pobreza de la casa-escuela; la cólera hacia la dejadez americana, hecha de ignorancia y de sensualidad: el desprecio con escupitajo de los mandones de la provincia que, no sabiendo hacer, tampoco dejaron hacer; el hambre furiosa de la biblioteca pública, sufrida en los puebluchos donde la noche es más larga para gozar narración y los sentidos están más limpios para recibir y comprender; el ímpetu elefantino que empujó la cultura de las capitales hacia el desierto verde, todo esto que en bloque se llama «el hombre Sarmiento» ¿no lo conoció él y no lo padeció en la soledad de Aconcagua, delante de un pupitre descascarado y de la modorra de mi gente chilena emparentada con su gente argentina del tiempo?

Gabriela Mistral

Sta. Margherita Ligure Agosto, 1930.

Waldo Frank se dirige a los estudiantes...

(Viene de la tercera página)

ment, it may mean the landing of American marines in Havana and the swift setting up of a new rule which will be the replica of Machado's—the other horn of the dilemma!

What can you do? What can a citizen of the U. S. urge you to do? In a way I am ashamed to speak to you, ashamed to mention my own sorrow and my shame, as a native of the opressor country, who is helpless to help you. Men like myself in the United States are powerless. There is no enlightened public opinion here with any virility behind it. Most of our good will is Platonic, in the bad sense of the word. And who, here, is interested in a *student's* revolutionary movement? Our intellectuals, as a body, have lost contact with the spiritual, the *human* source of creative thought; our student groups are too pampered and too infantile to get excited over anything but foot-ball. You are alone in your fight, alone with the student-bodies and the intellectuals of other Hispano-American countries who, for the most part, are as dispossessed as you. You are alone with the truth!

Yet I can say to you: Go on! If for no other reason, *go on because only then will you be happy*. Do not let practical affairs and worldly wisdom make you compromise with your ideal. Look at the men who have made these «necessary compromises»: the successful men, the rulers of the world. See what ugly, misshapen, miserable men they are. Look well at the practical men, and do not go the hideous way which they have gone, and of which the ignoble shambles of the modern world is the result. Even if you are imprisoned, even if you are shot down (as some of you have been,) you must have the satisfaction of knowing that your living the sole way that makes life tolerable. The enemies who have sold themselves for dollars are not happy; the indifferent ones, in Cuba, in the United States, who follow opportunism—for success, for pleasure, for power—are not happy. They must drug themselves with ever more success, more pleasure, more power, lest they awaken to the intolerableness of their way of living. And that is why they hate you: because you, in your purity, are the constant revealers to themselves of their own nullity. They must deny their nullity; and by a common psychologic mechanism they do so by denying *you* who make them cognizant of it.

I cannot promise you success in your present endeavor to free Cuba and to bring Cuba to real independence. It would be false to promise it. *You* may not succeed in actually overthrowing the anarchy of which men like Machado are mere minor servants. To do so requires more than your good will; it requires method, technique and long hard work. But this triumphant method can come only from such good will as yours. Before you achieve it, perhaps you personally will be crushed, since the ordered anarchy and greed of the modern world *has* method. But even if this is so—this worst which must be bravely envisaged as a possibility—it makes no difference in what you must do, not merely from a sense of duty, but in order to be happy! You must go on struggling to free and to reorganise your country; knowing that that labor is its own reward; that the man who gives his life for freedom *by that fact* is alive (he only) and is free.

Students of Cuba, you have come out into the clear air of action; you have created leaders for yourselves, and a program. You are blessed in this. I find myself almost envying you, rather than pitying you despite your anguish and your struggles. My heart and my mind are with you. If I could feel that my word warmed you in the slightest degree and heartened your perseverance, it would be for me an inexpressible joy, who am alone, here in this great country—alone, and unable to act for and with men like you who stand for everything I cherish.

Waldo Frank

Croton on Hudson,
N. Y., Dec. 11, 1930.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica:

My dear friend,

I have just written the enclosed open letter to the splendid student-body of the Universidad de Habana. I am sending it to a friend, there, but I am uncertain that it will ever reach its destination, in view of the martial law which Machado has declared. May I therefore beg of you to translate this letter, and to publish it in your invaluable—your indispensible *Repertorio Americano?*

And may I take this opportunity of telling you once more how deeply I aprecciate your work? I read your magazine carefully every week, and I cannot conceive of what I would do, if it were to cease to come. You are a great man, García Monge. God bless and prosper you.

Fraternally

Waldo Frank

Croton on Hudson, Nueva York,
Diciembre 11 de 1930.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica.

Mi querido amigo:

Acabo de escribir la adjunta carta abierta al espléndido grupo de estudiantes de la Universidad de la Habana. Se la envío a un amigo de allá; pero no estoy cierto de que llegue a su destino, en vista de la ley marcial que Machado ha decretado. ¿Puedo, por lo tanto, suplicar a usted traducir esta carta y publicarla en su valioso, su indispensable *Repertorio Americano?*

¿Y podré aprovechar esta oportunidad para decir a usted una vez más lo profundamente que aprecio su trabajo? Leo cuidadosamente su revista todas las semanas; y no puedo concebir qué haría si cesara de llegarme. Usted es un grande hombre, García Monge. Que Dios lo bendiga y le dé prosperidad.

Fraternalmente,

Waldo Frank

Como luchan en Cuba contra el gobierno

Nuestra protesta. — Dícese, de público, que la Cámara de Representantes quiere abordar esta tarde el problema político de conceder el derecho de sufragio a la mujer. Deseamos, con toda claridad, manifestar nuestra opinión personal en el problema.

La mujer cubana no debe aceptar, en estos momentos, ese derecho. La República confronta una crisis tremenda que puede alcanzar culminaciones violentas.

Todos los Poderes del Estado merecen la crítica popular. Nos rige una dictadura. Hay vicio de nulidad en la propia Constitución del país: cualquier derecho obtenido por una ley emanada de esa misma Constitución es completamente nulo.

La mujer tiene la obligación moral de ayudar a la consolidación de una República honrada y justa. Aceptando el derecho de sufragio, viciado, se hace cómplice de la maldad política.

Por nuestra parte, dejamos, con toda claridad, consignada nuestra protesta.

Flora Díaz Parrado, abogada; Ofelia Rodríguez Acosta, escritora; Sarah Méndez Capote, escritora; Teté Casuso de Torriente-Brau, profesora; Judith Martínez, profesora; Eloísa Sánchez de Taboadela, pedagoga; Zoe de la Torriente, farmacéutica; Pura Rodríguez Castell, profesora; Lea Rodríguez de Portell Vilá, profesora; América Ana Llanes de Cowley, etc.

Diciembre 8 de 1930.

Al pueblo de Cuba. Hay que actuar ahora.—*No compre* billetes de Lotería. De esta manera los Senadores, Representantes y Botelleros, sentirán el látigo del Pueblo.

No compre los periódicos adictos al Gobierno pues estos son los culpables de que la opinión pública esté mal guiada. Si Ud. compra estos periódicos, usted ayuda a la desvergüenza.

No pague contribuciones e impuestos.— De esta manera el Gobierno tendrá que renunciar pues no podrá cumplir con sus obligaciones.

Prefiera morir antes de ser un paria en su tierra; pero antes de morir llévese por delante a uno o más de los esbirros que están amparando a este criminal Gobierno.

Ayude a desorganizar las Ofici-

nas Públicas, haciendo todo aquello que les pueda ocasionar preocupaciones y trabajos.

Esto es muy importante: ¡Antes de pasar hambre pelee!— Haga cuantas copias pueda de ésta carta, y sea uno de los primeros en aconsejar verbalmente a todos que ayuden a salvar a Cuba, de las garras de estos salvajes que hoy la gobiernan.—De nada les servirán los aeroplanos, barcos de guerra ni demás armamentos, si el Pueblo actúa de acuerdo con esta nota. *¡¡Basta ya!!*

***Atención.**— A los militares, sostenes de la República:*

Conciudadanos al servicio de la República y no de un tiranuelo sois, y por eso te pedimos que, en atención y de frente a la bandera, te sirvas leer y meditar.

Tu valor como militar no te permite vacilar. Debes hacer en cada momento lo que en cada momento sea necesario, aún a costa de tu existencia, máxime si en ello va la salvación de esa República conquistada mediante heroicas revoluciones para el libre ejercicio de los derechos constitucionales. Derechos que hoy han sido hollados y conculcados por un tiranuelo que traicionando los principios fundamentales de la República, se ha erigido en dueño y señor de vidas y haciendas, y tomando como instrumento de fuerza y terror a los militares que armó la nación para la defensa de su libertad.

Como militar y como cubano debes contribuir a evitar que el asesino de niños y mujeres ahora entregue la República arruinada y maltrecha a Norte América para salvar su vida miserable de la sanción penal bien merecida por su cruel ejecutoria como gobernante e insaciable deseo de acumular fabuloso capital a expensas de la República.

Y como compañero faltas a tu deber de compañerismo si permites que sigan alcanzando a tu clase atropellos, tales como la detención incomunicada de Aguado, Justo Luis, Villada, Lorant y Maderos.—Con la urgencia necesaria, todos unidos sin disparar un tiro podemos salvar a Cuba: ***De frente ¡marchen!...***

No compre billetes de la Lotería!—Un pueblo sin virtudes ciudadanas es un pueblo abyecto. Demuestre que es un ciudadano consciente y digno contribuyendo a la desaparición de la sentina nacional fuente de todos nuestros males: la Renta de Lotería. *No compre billetes.*

Dígaselo a su amigo. Impóngalo en el seno de su familia.

Escuche usted dos palabras, quien hace hoy lo mejor, no hay quien lo venza mañana...

No comprando billetes de Lotería nos quitaremos del medio a esa plebe acéfala, sin Dios, sin Patria y sin Ley.

Hoy lo mejor es no comprar Billetes de la Lotería. Dígaselo a su amigo, e impóngalo en su casa.

(Millares de hojitas volantes como éstas, circulan en Cuba.)

Persiflage

Esa lesbiana...

=*Colaboración directa*=

Para Doña ***Auristela de Jiménez,*** con el profundo respeto de quien admira la alegría y la delicadeza espirituales que pone en su obra de poeta y de educadora.

Juan Mas y Pi.—¡Qué simpático ese malogrado Juan Mas y Pi de quien recientemente ha reproducido *Repertorio* un bello ensayo sobre Lafcadio Hearn! ¡Cómo bulle el hombre de generoso entusiasmo! ¡Qué afán el suyo tan noble de ganarle admiradores a un escritor ya muerto a quien él admiraba! ¡Qué impetuosa corriente de cultura la suya, buscando siempre el mar de los saberes todos para confundirse allí! A Juan Mas y Pi yo no lo conocía. Esta bendita Heredia queda de veras como fuera del mundo actual. Por aquí no viene nadie, sino muy de vez en cuando; y cuando viene alguien como que sale corrido, como que se va aprisa, como que se asusta de nosotros. Y no es culpa de nadie. Es culpa de que, como casi nadie viene por acá, nos mantenemos con las ventanas cerradas y con las puertas con cerrojo. Tiene que hacer mucha bulla quien llegue para que nos aventuremos a salir a la calle, a sacar fuera de casa la cabeza siquiera, y verlo pasar. Cuando vivía Omar nos traía mucha gente. Desde que él murió, nos hemos empobrecido de manera tremenda en eso de escritores a quienes conocer. Yo, por ejemplo, entre mis clásicos me mantengo, viendo a ver si aprendo latín y teniendo que repasar mis verbos griegos cada cuatro o cinco meses para no olvidarlos. ¡Y cómo diantre iba a saber quién era Más y Pi! Gracias a *Repertorio* le he conocido al fin, ¡y la dicha que siento de conocerle! Tengo la vanidad de creer que algo me le parezco, sólo que el trabajaba en un periódico y yo en cosa más pesadamente agitada todavía: en una Escuela. Y sólo, también, qué él tuvo la dicha de morir ahogado después de haber atravesado el océano tres veces cuando menos. Yo, que sobre los mapas he seguido a Ulises, y a Jasón, y a Hércules; que me muero por ser juguete del mar, que estoy seguro de poder oir el canto de las sirenas y los ladridos de Caribdis y los aullidos de Scylla, no creo trágica sino que feliz la muerte, ahogado, de Mas y Pi; y lo quiero más por haber tenido el fin que envidio, que si por ella le tuviese pesar.

Libros que nos instruyen.—Es curioso que hubiera un momento, sin embargo, en el que casi le doy con mis puertas heredianas en la nariz a este entrañable nuevo amigo mío. Y es que Mas y Pi, el pobre, en medio de tanta cosa bella que poseía, tenía sus ignorancias vulgares en común con la cáfila chirle de seudo literatos que forman la clase «intelectual» de nuestra América Latina. Me refiero a la sucia idea que respecto de Safo, la poetisa de Lesbos, tienen los que aprenden a conocer sus clásicos en libros pornográficos, de esos que nos llegan, junto con las obras de Benavente y de Blasco Ibañez, también malas, de la Madre Patria; libros, permítaseme decirlo aquí, que hacen el deleite de nuestra más prometedora juventud, y uno de cuyos títulos inocentes es, por ejemplo, el de... (1). Chocante, ¿verdad? Pero vamos, por partes: ¿chocante que yo lo mencione, o que sea cierto, ¡como por Cristo lo es!, que niños y niñitas en los portales de la adolescencia lean, *faute de mieux*, esas porquerías?

En tales libros, mi paciente investigación ha averiguado, se nutren de lo que saben de Safo nuestros jóvenes; en libros no muy distintos de ésos se han nutrido de falsa erudición clásica a incontables escritores nuestros de generaciones pasadas o por pasar; por eso, entre otras causas—pero notablemente por eso,—nuestra literatura latinoamericana es tan raquítica, tan mal alimentada, y el estómago literario nuestro es débil. Lo mismo ha de ser en la Madre Patria, a lo que me figuro. Y librarse de los errores que esa iniciación lamentable en la literatura imprime en la mente, no es fácil cosa. Antes de salir al aire libre de los grandes libros, de los libros buenos; antes de llegar a poder entusiasmarse con el alma peregrina de Lafcadio Hearn, por ejemplo, ¡cuántos de esos feos no habría leído el excelente, el amable, el limpio de alma Juan Mas y Pi!

La leyenda odiosa.—Y ahí lo tenéis, en las bellas páginas sobre Lafcadio Hearn, haciéndole eco en un descuido a la dos veces milenaria maledicencia que burdos poetastros cómicos de Atenas, consciente e inconscientemente lanzaron contra la honra de la pura, de la clara, de la noble, de la austera, de la incomparablemente digna y nunca suicida ciudadana de Lesbos. Amfis, Antífanes, Efipo, Timocles y Difilo fueron quienes compusieron comedias atenienses con el título de *Safo*, siglos después de muerta ella. Algunos o todos ellos dieron origen a la inmunda leyenda de la liviandad desaforada y del suicidio de la poetisa, y ésa es la única circunstancia por la que se les recuerda. La chabacana Roma, la Roma de la bausanería sin tasa ni medida, al imitar el teatro griego le infundió vida nueva a las feas comedias sobre Safo. Los licenciosos del Renacimiento creyeron haber hallado una joya en esas leyendas impúdicas. Y así, a lo largo de una declinación que hace recordar la geneología que del mal de Pangloss hace Voltaire, «el placer lesbiano», y el «suicidio por amor», han llegado hasta esa literatura con que—¡pobrecitos y pobrecitas!—satisfacen su sana curiosidad primero, y la enferman después, nuestros muchachos y muchachas acabaditos de hacer su primera comunión.

(1) Los lectores de *Repertorio* pueden imaginarse el título. Perdone *Persiles* que lo suprimamos.—*R. A.*

Safo y Alceo.—Cualquier buen texto de Literatura Griega dirá de la Safo auténtica la admiración que le tributó la antigüedad entera. Dirá cómo Alceo, lésbico también y contemporáneo de ella, poeta habilísimo, hombre corrido, viajador en largo destierro por muchas partes del mundo, revolucionario y de familia de revolucionarios, cuyo hermano Antiménides fué soldado de Nabucodonosor en la guerra de éste gran monarca contra el faraón Neco y contra los Estados de Siria, Fenicia y Judea por los años del 606 al 584 antes de nuestra era; dirá, digo, como Alceo saluda a Safo, en uno de sus más bellos poemas, de esta guisa: llamándola «coronada de violetas, pura, dulce y sonriente Safo»; y cómo en otra poesía declara que le diría algo más, pero que le invade vergüenza de decírselo; y cómo Safo, chispeante y nada cortada,—avispada como la vaquera de la Finojosa,—le replica, «con virginal desdén», dice un erudito alemán [1]: «Alceo, si tu pensamiento fuera noble y honesto y tu lengua no hubiera querido proferir frases indignas, la vergüenza no te hubiera ofuscado la vista y habrías expresado francamente tus deseos».

Sensualidad y sentimiento.—Ese es el lenguaje de la Safo verdadera. Ella también es quien reprende a su hermano por haber comprado a la hetaira Rodopis y por haberla después emancipado por amor. Esa severidad de Safo es indicio, opina Müller, «de la rectitud de principios que servía de norma a su conducta». Y el mismo autor afirma que los «versos que aluden a sus relaciones con Alceo, revelan de manera evidente y palmaria el inmaculado honor de la doncella libre y bien educada». Y adelante el maestro alemán explica que «en la época de Safo conservaban aún los griegos no poco de la primitiva ingenuidad y del candor con que la Nausicaa de Homero expresa el deseo de tener un marido como Ulises»; y que en materia de amor no se había separado aún la sensualidad del sentimiento, y añade que

«Encargáronse los poetas cómicos de Atenas de quitar al sentimiento del amor la aureola que le purifica y ennoblece, y aplicando a los más grandes genios de las otras comarcas helénicas, las calumnias con que los diversos pueblos griegos solían motejarse, precipitáronlos en el lodo de una vulgaridad bestial».

Selva.—Con razón don Salomón de Selva eleva a Safo ese *cri d'âme* que él llama *Oda* en su desconcertante libro del *Soldado Desconocido.* «¿De qué te sirvió haber cortado rosas?» pregunta el soldado, torturado por la podredumbre que halla en la descarnada experiencia de la guerra. Un punto en esa poesía, toda ella amarga con la amargura que debe haber tenido en la boca el idealista que se metió a guerrero, un punto me llamó desagradablemente la atención y despertó mi indignación y mi curiosidad. Selva le pregunta a Safo si es verdad que Faón no la quiso porque tenía caspa. ¿Me perdonará que haga pública la explicación personal que de esa alusión me ha dado? En el Vaticano, hay una antigua cabeza de Safo; el tiempo con diente corruptor ha comido el mármol; la impresión que da es la de una cabeza tupida de caspa. «Me acordé de eso», dice ingenuamente el poeta, «y amargado se lo espeté a la divina Safo». Es raro don Salomón. Es amargo. Esa oda es sencillamente sucia. Yo estoy temiendo el día en que se le *enchichen* y amarguen las odres de dulzura de su *Himno* a Costa Rica y nos espete alguna grosería.

Safo y Faón.—Faón es el reputado amante de la prostituída Safo de los comediógrafos. «El maravilloso relato de la hermosura de Faón y del amor que por él concibió la diosa Afrodita», dice Müller, «están evidentemente tomados de la mitología de Adonis y reproducen con exactitud los rasgos de ese mito.» Hesíodo, en su *Teogonia*, según la versión de Aristarco, habla de un Faetón, engendrado por Céfalo en Aurora, a quien de niño robó Afrodita y educó para sacerdote de sus templos. «Es de todo punto indudable», opina Müller, «que la base de todas estas tradiciones es la leyenda cipria de Adonis, y puede inferirse que los griegos dieron al favorito de Afrodita el nombre de Faetón o de Faón, y que acabaron, merced a mil torcidas interpretaciones, por hacer de este Faón el amante de Safo.»

Safo y otras mujeres.—Por lo que hace a las relaciones de Safo con otras mujeres, precisa saber que la vida y la educación femenina de Lesbos no se limitaban, como en otros lugares de Grecia, especialmente en Atenas, a los quehaceres domésticos, ni se confiaban las niñas exclusivamente al cuidado de las madres o de las nodrizas, sino que existían allí, como entre los dorios, «mujeres de extraordinaria cultura intelectual, las cuales se rodeaban de doncellas a quienes comunicaban sus conocimientos.» Safo llama a su casa, *morada de una servidora de las Musas*, de la que debía desterrarse el llanto. Allí doncellas principales aspiraban, bajo su dirección, a perfeccionarse en la música y a adquirir distinguidos y elegantes modales. No sólo Safo tenía escuela de esta estirpe. Ella habla a menudo de sus rivales, y se burla de Andrómeda, una de muchas, por su modo de vestir que los griegos, dice Müller, «como es bien sabido, miraban como indicio de las naturales inclinaciones y del carácter de las personas.» «¡Mira»,—se queja Safo a una doncella que la ha cambiado por su rival—«Mira qué mujer te ha enamorado!: una aldeana que ni siquiera sabe llevar el traje ajustado a los tobillos.» Y a una dama rica, pero sin educación, como éstas que adornan nuestra *culta sociedad*, le decía la poetisa:

> «Cuando hayas dejado de existir, yacerás sepultada, sin que nadie te recuerde, porque no has cortado rosas de la Pieria. Desconocida de todos, vagarás errante en la mansión del Hades y por entre oscuras sombras...»

Pero, ¿verdad que cuando topa uno con esas leyendas falsas que sobre Safo es cuanto saben nuestros escritorzuelos (y aún alguno de mayor elevación, como Juan Mas y Pi) dan ganas de hacerle a Safo la cruel pregunta de Salomón de la Selva?

Persiles

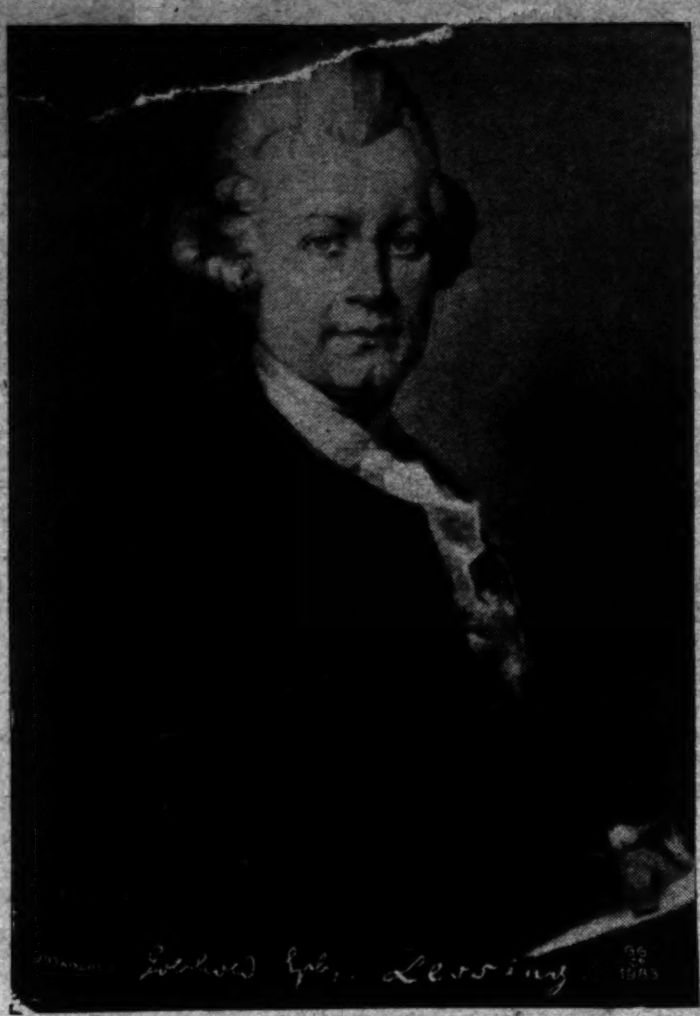
Heredia, diciembre, 1930.

[1] Carlos Otfrido Müller, admirable entre los más admirables estudiosos de su raza.

Tres márgenes a Lessing

(1729—1929)

= De *Nueva Revista Peruana*. Lima, Perú. =



Centenario: Visita. Tienen los centenarios la grande—la inconfundible virtud de resucitar a los hombres al cabo de la centena o las centenas de años de su muerte o de su nacimiento. Entre nosotros y estos ilustres hombres media un espacio salvable. Para celebrar un centenario es preciso anular ese trecho y acercarnos—ellos y nosotros. Pero, ¿somos nosotros los que desandaremos cien, doscientos años para alcanzarlos? O serán ellos los que avancen cien años hacia adelante, para juntársenos? Es de averiguar si podemos nosotros retroceder, si pueden ellos avanzar. Una generación no puede desandar cien años, traicionando su momento. Si lo pretende, si lo hace, llegará exhausta a la humanidad condensada en la ilustridad que busca. Y no podrá interpretarla, ni tendrá siquiera el aliento para hacerlo, porque otra será—cosa impensada—la atmósfera que respire.

En cambio, el espíritu digno de un centenario tiene siempre la virtud de escalonear los siglos. Su marcha es siempre hacia adelante, aunque día llegará en que subir los escalones se le irá siendo más difícil, porque irán aumentando—gradualmente—de altura.

Y así, las más o las menos de las veces—depende esto de su valor humano—puede llegar a nosotros. Como su marcha, contada en tramos de centenas—, ha sido gradual, su respiración ha ido, sensiblemente, adaptándose al nuevo ambiente. Respirará ya, en nuestra época, con reposo. Y entonces,—huésped de nuestro recuerdo y de nuestro pensamiento—consultaremos en él, nuestro propio problema, y el de nuestra época. Lo demás, lo de la vida privada de la humanidad que gira en su torno, su problema doméstico, no nos inquietará casi.

Así celebraremos su visita, su centenario. No habrá necesidad de ir al hombre, habrá que esperar que él venga. Y no cometeremos la imprudencia de embarcarnos en la aventura de hallarlo cien años atrás; habrá que procurarle toda la comodidad—predisponiéndonos espiritualmente—para que se traslade cien años hacia adelante. No precisará ir a encontrarlo; él—no olvidemos que es siempre un gran intuitivo—nos encontrará primero a nosotros.

Si alguno se perdió en la tarea de querer encontrarnos, bien perdido está. Posiblemente, fuimos nosotros los que hicimos un quite espiritual y no él el que se perdiera de camino. Seguramente le faltó vitalidad para llegar a nosotros. El destino debe saber disponer las cosas muy bien.

Si centenario es visita, bicentenario será una visita que se repite. Y que se repite a una misma casa y cuyos habitantes, eso sí, se han cambiado. Para Lessing—1729, son estas caras de ahora—1929—muy distintas a las de su anterior visita—1829. Él, sinembargo, siempre halló gente. Otros tras una larga y agotante caminata, encontraron la casa irremisiblemente vacía.

Lessing: Juvenilidad.—En el hombre del centenario ha de afirmarse un espíritu de utopía, un valor de juventud. No el que tuviera, realmente, en su época, sino el que le encuentre o le asigne, al cabo de la centena, la juventud correspondiente. Es muy justo que Lessing, en su tercer centenario, tenga otra clase de exaltación o no tenga ninguna.

Así, con relación à Lessing, la nueva generación alemana no festeja al literato, al polemista, al crítico, al filósofo en particular, sino al hombre, al agitador, a Lessing en cuanto espíritu. No el valor literato sino el valor humano. No se interesa—como decía Goethe—por lo que el hombre deja tras de sí, sino por lo que hace y goza y por lo que excita a hacer y gozar a otros... Toda una conciencia inquieta, ansiosa de valores humanos, conduce a ello. La que pertenece a una generación que ha actuado y que ha visto y ve los acontecimientos más incongruentes en un tiempo histórico ínfimo, tenía que decidirse por el hombre. Era la última y la única posibilidad que le quedaba. Posiblemente la única, donde ya todos los otros valores estaban echados. Y con la convicción profunda de volverlos a recuperar.

Acaso fuera de creer la afirmación rotunda de que «la juventud rechaza el orden espiritual de los hombres de Weimar». En declarar que Lessing está más cerca de nuestra época, de los jóvenes, que de los demás clásicos, están de acuerdo una mentalidad universitaria como Dilthey ([1]), y un crítico literario avanzado como Diebold ([2]). Ya el alma «olímpica» de Goethe no tiene, para los alemanes de hoy, tanta trascendencia. Ellos se inclinan por la tumultuosa—demoniaca—alma de Lessing, plena de inquietudes, de luchas, de comprensiones. Y es quizá Lessing—por su misma grandeza—de los que se escapan del mito de la incomprensión. Lessing fué un combatido, un odiado, tal vez, pero no un incomprendido.

La «comprensión» no es un problema de mayoría, sino de minoría. El comprendido de muchos no lo es nunca. Obra el apasionamiento de la masa y no la inteligencia. Si algo se le comprende es por obra y gracia esclarecedora de la minoría. Sobre todo, el comprendido de los muchos, por su misma generalización, ha dejado de interesar a la inteligencia, categoría de selección. Y, por otra parte, el incomprendido de la minoría, de la inteligencia, es un hombre que carece de sentido vital. Al que no se comprendió una vez—cuando dijo su palabra, cuando fué más humano—ya no se le comprenderá más. Esa «comprensión» que muchos piden a la mayoría viene de su fracaso ante la minoría, la única capaz de comprender. Comprensión implica, pues, negación de muchos y conocimiento de pocos. Éstos —la minoría—serán los únicos capaces de prodigar una verdadera comprensión. Lessing fué el comprendido de muy pocos en su tiempo; hoy es el comprendido de más. Entre el hoy de su valor auténtico y el ayer de su iniciación y de su lucha, hubo un largo trecho en que fué el comprendido de todos—era el «clásico».

Lessing: Inquietud.— En Lessing hubo una constante preocupación religiosa. Había en él la religiosidad del que se rebela contra el dogma. Nuestra religiosidad puede no identificarse estrictamente con la suya. Pero en el fondo, tenemos también la religiosidad del que se rebela contra el dogma político. Lessing no era tanto un místico, cuanto un religioso. Lessing era un exaltado polemista del dogma luterano en lo que tenía, justamente, de no luterano, de traicionero con respecto a Lutero. Predicó la vuelta a un luteranismo más puro, más primitivo, más fiel, en un medio pleno de aspiraciones divergentes, y, por lo tanto, indiferente. Tuvo, así, delante de su activismo, un medio hostil, tal vez, determinante. Su actitud tuvo, forzosamente, que ser independiente. Altera, en poco, el aforismo de Nietzsche: empezar a ser solo era ya principiar a ser grande.

Y así promueve Lessing la más tremenda conmoción, desde los tiempos juveniles de Lutero, en los ideales culturales de la Alemania que se estructuraba. Razón para que sea considerado como uno de los más grandes adalides del «esclarecimiento»—*Aufklarung*—alemán. Era un hombre nacido para su momento histórico. Se inclinaba violentamente a la acción y decía: «Der Buchstabe ist nicht der Geit»—la letra no es el espíritu—y no tenía la serenidad suficiente, la calma, para escribir una obra con la perfección acabada que anhelaba para la suya el «faústico» Goethe. De aquí que Lessing se dirija, antes que nada, a los principios y no a las formas, al espíritu y no a letra. Y es este el sustentáculo de su crítica: derribar los principios falsos y llevar a efecto la investigación filosófica de la verdad, prescindiendo, muchas veces, de su actividad literaria que relegó a segundo término

---

([1]) Wilhelm Dilthey. *Das Erlebnis und die Dichtung.* Verlag G. B. Teubner. Leipzig-Berlin, 1916.

([2]) Bernhard Diebold en *Frankfurter Zeitung.* Januar. 1929.

El niño de Oaxaca

(La primera infancia de un Maestro de América)

Admirable y sobria página inédita de un libro de la joven y lucida escritora hispanoamericana de vasta cultura, ANTONIETA RIVAS MERCADO, *que aparecerá editado en Europa en 1931, con este título de polémica y de batalla:*
Democracia en bancarrota

(Nota de *Carlos Dembrossis Martins*, quien la envía).

1.—En el desierto mexicano, manto de aridez que se extiende al norte del país, a lo largo de una imaginaria línea fronteriza, se erguía por el año de 1887 una cadena de puestos avanzados. En ellos el hombre blanco a duras penas, escudando su vida con murallas y fusiles, amparaba los derechos *adquiridos* por la civilización. Eran las aduanas verdaderos fuertes con primitivas obras de defensa. Encerraban un pozo de agua, una media docena de casas grandes de adobe pardo y un hacimiento de chozas, los jacales. A su alero el espinoso mezquite daba su mansa sombra y su perfume penetrante. Y frente por frente con la desolada llanura el muro protector, horadado por una puerta; la pobre masa de cal y piedra se levantaba apenas del suelo como una defensa, como una amenaza, tal vez como una vaga provocación...

En uno de estos fortines, cuyo nombre ignoramos, vivió en su primera infancia un niño de Oaxaca, la tierra del zapoteca Juárez y del prócer Díaz. Abrigaba el caserío ochenta almas y asomábase sobre la ruta de las caravanas: ¡lentos convoyes interminables que venían de la fabulosa California, perdida poco antes para México; oscuras recuas vigorosas procedentes del sur con lingotes de plata; pesadas y chirriantes diligencias ocupadas por viajeros osados; gente trashumante. Y el aduanero cobraba la alcabala. De pronto, el chasquido de un grito rasgaba el silencio áspero: «Vienen, ahí vienen!» Las mujeres despavoridas condenaban las puertas. Los hombres se aprestaban a la defensa. A lo lejos, muy lejos, entre polvo y maldiciones, surgían las plumas de los jinetes rojos, los rebeldes al blanco, que en rápido asalto solían caer sobre la presa descuidada, llevándose al cinto el trofeo de las cabelleras, en ancas a los huérfanos clamorosos para dejar tras de sí en piras ardientes lo que fueran habitaciones humanas.

Al grito de alarma la zozobra dilataba las voluntades, trocaba aguda la mirada hecha sangre, y cada disparo debería restar un enemigo. El peligro ahuyentado, la inquietud quedaba suspendida largo tiempo en el aire como impalpable aroma de muerte. Y al anochecer, en las veladas que atravesaba el aullido del coyote, al amor de la fogata, las viejas, con greñas de arrugas en el semblante, narraban en la incertidumbre de la media voz, la lucha incesante con el enemigo rojo, el simún del desierto. Los hombres rudos, atalayas vigilantes, con cuencas profundas y opacas, escuchaban... En tanto, las mujeres silenciosas cobijadas con



Antonieta Rivas Mercado

Pintura de Julio Castellanos

rebozos multicolores acariciaban las cabezas de los chiquillos, y éstos, los ojos brillantes, bebían a sorbos, sin comprender, el épico relato que a los mayores velara la realidad, y con gestos intuitivos, como para oír mejor, apartaban suavemente las manos protectoras...

Este marco austero: desierto, peligro, ancho cielo azul, encierra los prístinos recuerdos claros de un maestro de América. Su padre era aduanero en uno de esos fuertes de existencia precaria; el pequeño tendría tres o cuatro años, y su madre, concluídas las faenas domésticas, le enseñaba los principios de la ley de Dios. Suponemos que escogía los atardeceres para instruir al hijo, al primogénito y que en esas horas undívagas el misterio de las palabras evangélicas cayó en el alma del niño. Fué allí dónde, por vez primera, oyó las bienaventuranzas extrañas que habían de trazar el hondo surco para el porvenir... Fué entonces, cuando la sed de justicia penetró en una vida llamada a abrasar. Sin saberlo, la criatura elegida tomaba el camino que ha hecho de él «un perseguido de Dios».

2.—El peligro constante avivaba el amor de la madre temerosa, y la hacía apresurar la enseñanza divina. Temía que la voluntad del Señor encerrara para ella la muerte próxima a manos de los indios crueles y para el chamaco[1] una dura existencia solitaria. Era menester prepararlo y, tarde a tarde, así terminaba su lección: «Hijo, si un día llegare en que ya no me vieras y sucediese que hombres oscuros y mujeres de habla desconocida te llevaran a jugar con sus hijos, sobre todo, NO LLORES. Tu trajecito será entonces de cuero bordado con chaquira menuda, adornado con flecos que se agitan al andar. Vivirás entre ellos, ¡ya no me verías! pero recuérdame y cumple mi deseo. No olvides lo que hoy te enseño. Si la voluntad de la Providencia es que vengan por ti, quiero que una vez allá lejos repitas mis palabras: Di que Cristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre para abrirnos la senda del cielo, que vino a padecer aquí abajo para redimirnos y derramó su preciosa sangre para salvarnos a todos, a ellos, los indios, a nosotros, criaturas todas de un mismo Padre. Les dirás una y mil veces, hasta que te escuchen y crean en Él. Y después de que pasen los años y tus piecesitos puedan llevarte solo por el mundo, coge la ruta del sur y anda! anda! Y cuando después de mucho vagar llegues a dónde el blanco habite, dile quién eres, dile el nombre de tus padres, dile el sitio en que viven tus abuelos, para que te lleven hasta su hogar, para que te devuelvan a los tuyos. Y ponte siempre en manos de Dios.»

3.—Esta anécdota inverosímil es auténtica. La madre del niño de Oaxaca, fué fuerte como las mujeres de la Escritura. Al temer dejar al hijo desamparado en la tierra árida de México, puso en sus manos el pan de vida, no sólo para que con él saciara el hambre de su orfandad, sino, hecho fecundo en consecuencias, rogando que lo compartiese con los indios asesinos. Y cuando se piensa que esos mismos indios a quienes deseaba que el niño llevara la Buena Nueva hubiesen sido los que le habrían dejado huérfano, sentimos tocar el infinito misterio de las almas que anidan en Dios.

4.—...Niño de Oaxaca, el que más tarde predicara con sus propias obras junto con el *No Matarás* del Decálogo, su apotegma que es anhelo del corazón y despertar de la conciencia: *Por mi raza hablará el Espíritu.*

¿No escribió Gabriela Mistral, que él representaba «una parte de la conciencia del mundo?» ¿Y no dijo Romain Rolland en plática con la insigne escritora: «Es lo más grande que tiene América y yo querría escribir su vida entre la de mis hombres ilustres.»

... Niño de Oaxaca, apenas una leve cosa ayer en brazos de la madre fuerte, fuerte como las mujeres de la Escritura; Hombre del Continente hoy de que hablan veinte naciones, cuyo solo nombre es todo un símbolo a fuerza de ser todo un ejemplo: JOSÉ VASCONCELOS.

Antonieta Rivas Mercado

Montreal, Canadá. XI-1930.

[1] Niño, en México

---

aunque, tal vez, siguiendo en la práctica los postulados de la propia crítica. La inquietud especulativa embargaba, ante todo, su atención. Introducido en la polémica, hundido en la alta investigación, ofuscado por esa obra—orden—de corazón que es su *Anti-Goeze*, no tardaría en exclamar: «Es kömmt wenig darauf an, wie wir schreiben, aber viel, wie wir denken» ([1]).

Lessing asegura que la esencia del hombre es la acción. El destino humano, para él, no es la especulación pura a que, justamente, él se dedicaba con fervor pero con un propósito que atañía a la crisis de su momento; no es tampoco la visión, la imagen estética, sino, ante todo y sobre todo, la praxis, la realidad. Y claro que, para el progreso del hombre «operante», era preciso—en toda la extensión posible—el desenvolvimiento intelectual.

([1]) «Poco importa como escribimos, pero mucho como pensamos», en *Anti-Goeze;* Zweiter.— *Lessing's Gesammelte* Werke.—Neunter Band.— Leipzig 1858; pág 250.

Así trató Lessing de establecer un nuevo ideal de vida, en una época de caos, de crisis. Fué algo más que un representativo de su momento. Fué un genuino punto de partida con Klopstock, con Wieland. (¹) La literatura de su época estaba divorciada de la vida. Primaban—pedantes—la trivialidad, la afectación. Y ningún ideal, ningún anhelo. De aquí, sus esfuerzos para humanizar la literatura, por identificar la literatura con la vida. Y aún más, fué de los que no se conformaron con señalar la ruta. Él mismo se puso también en camino. No es una audacia afirmar que su propia obra literaria, siguió las aspiraciones de su obra crítica. Y consiguió convertir una literatura doméstica y raquítica en una literatura del mundo.

Lessing: Unamuno.—Casi es imposible resistirse a bosquejar un paralelo entre Unamuno y Lessing. No se pretende la afirmación rotunda, sino la constatación pura. Si indagamos el pensamiento de Lessing, no vacilaremos en percatarnos, ante todo, de la falta de Sistema. (Schlegel ha calificado de anti-sistemático a su método). Tal vez de la misma manera, como tampoco encontramos frialdad. El pensamiento huye de la sistemación por su propio vitalismo. La libertad, la vida, es tan esplendida que se desborda de sistema más elástico. A Unamuno, se vacila para designarle el calificativo de filósofo—a Unamuno de España, que—ella—tanto la ha ambicionado siempre—por que, se afirma, carece de pensamiento sistemático. Tal vez, si el sistema viniera a ser, en este ir y venir en las rutas de la filosofía, un carnet de libre circulación, una intangible carta de ciudadanía—cuyos medios de adquisición, por otra parte, habría que investigar en muchos casos.

Tanto Lessing como Unamuno — temperamentos de lucha — se escapan de la regla o la evaden. El sistema constituiría una limitación. Y ellos, justamente, han insurgido contra las limitaciones, contra las formalidades.

En realidad, en medio de toda esa obra tumultuosa hay una inquietud espiritual, un estado de espíritu maravillosamente orientado que tiene una dirección, que sigue una ruta, lo que constituye un sistema que se escapa siempre de la forma y que es puro espíritu. Su sistema estará en evadirse, sistemáticamente, de toda sistemación. El mejor sistema: no seguir ninguno.

Unamuno y Lessing cultivan con fervor la paradoja. Es esta una característica que se observa en todos los pensadores sistemáticos. La paradoja es posible sólo en grandes sensibilidades. La paradoja, yendo contra la lógica, supone algo más que ella, algo más que la fría intelección: su superación. Es antes que un fenómeno de sutileza intelectual, un fenómeno intelectual, un fenómeno de sensibilidad del que sólo es capaz el artista.

Pero frente al Unamuno paradójico, ante todo está el Unamuno lógico. Pocos lucen, como él, la sutilidad del razonamiento, la perfección de la argumentación. La *Vida de Don Quijote y Sancho* es, en esto, el más irrebatible documento. Y la fuerza del diálogo de Lessing, en sus dramas—anota Dilthey—(²) «no proviene de su fantasía, ni de sus imágenes, sino de su energía lógica de ese arte de combinar el pensamiento que aprendió en Leibnitz...» Y, fuera de su literatura, en la polémica, en la teológica, sobre todo, pocos habrán llevado él razonamiento con tanta maestría.

(¹) V. Dilthey obra citada.
(²) Obra citada.

Unamuno escribió en la introducción a la *Vida de Don Quijote y Sancho*—y en toda su obra existe esta intención—anatematizando la tendencia que inculca, como virtud, el apartamiento de la política y de la religión. Y política y religión son, precisamente, vida. Lo que se cree una virtud no es más que desfallecimiento, debilidad, conformismo. Y Unamuno que lo dijo y Lessing que no lo dijo, viven la lucha política y religiosa. En ambos palpita una misma inquietud por la suerte y por el credo de sus pueblos. La polémica, la discusión — Unamuno-Ganivet: polémica política; Lessing-Goeze: polémica religiosa — es la manifestación más fiel de esa inquietud vital.

Sobre el pensamiento se eleva el valor de la acción. La esencia del hombre es la acción, dice Lessing. El destino humano no es la especulación, no es la visión artística, sino la acción (¹). Y de la obra unamuniana se ha dicho también que es «la religión de la acción por la acción» (²). Quizá sea en este punto, en el que más se acerca Lessing al sentido de nuestra época. Está aquí—, en su concepción y en su propio y aún más auténtico ejemplo personal del hombre «operante»—el sentido íntimo del homenaje en su bicentenario.

El mundo en que nace y crece Lessing está saturado de teología. Era una época «difusa y estéril», dice Goethe (³). Toda concepción del mundo y de la vida, todo ideal, todo concepto tenía una influencia: la teológica. Su rebeldía—juvenilidad—insurge contra esa atmósfera. También Unamuno, nace y crece en una época parecida. Uno combate el falso protestantismo y el otro señala el falso catolicismo, el que no es cristiano. Ambos claman por una mayor pureza, por una mayor comprensión. Pero comprensión razonadora, especulativa. Ambos quieren que la religión no sea cosa de la razón, que no se pruebe con la «cochina lógica». Claman porque en ella haya sentimiento, que se sienta y no se piense, no se razone, porque el sentimiento y no la razón es lo vital, pues religión es vida. Y ante la vida adoptan los dos esa actitud crítica. La discusión, la polémica, la acción y no el frío argumento. Y donde hay inquietud, donde hay polémica, donde hay vida, hay también contradicción. Vida es contradicción y contradecirse es vivir. Así lo hizo Lessing—no lo escribió porque creía que más importante era vivir y pensar las cosas que escribirlas—, y así lo ha escrito y hecho y hace Unamuno.

(¹) Dilthey, obra citada.
(²) Adriano Tilcher.—*Voci del tempo.*—Roma, 1921 (Unamuno).
(³) J. W. V. Goethe.—*Dichtung und Wahrheit.*—Buch 7.—Berlín, 1871.

Centenario: Visita.—Termina el año del bicentenario. El visitante se despide. Se nos queda prendido su recuerdo. En la atmósfera queda también algo extraño, como extraña ha sido la reacción que ha provocado en nosotros. Ya se huele distinto: se huele a visitante: reconfortación. Es el olor precisamente contrario a este tufo, agotante, que se aspira en las bibliotecas. Sentimos un firme, erguido, olor de vida. Han cobrado tono—adrenalina!—nuestros pensamientos. Tiene su gesto de despedirse prudentísima discresión, incansable sugerencia. Pero no es el visitante que asegura pronta vuelta: no asegura nada. De asegurar algo, sería lejana vuelta, difícil vuelta, tal vez imposible vuelta. Vuelta implica ida, y, posiblemente, en irse no más, necesite como una centena.

Estuardo Núñez

Alfonso Cortés

En casona vieja de León, casa que fué ilustre y donde antaño holgadamente vivió la hidalguía de antigua familia descendiente de españoles, hay ahora la aflicción de la estrechez que sobre Nicaragua toda ha acarreado la intervención yanqui en sus diversos aspectos desde hace veinte años, y acentuándose se personifica en la figura de un loco: Alfonso Cortés.

A Alfonso Cortés hay que tenerlo encadenado. Para casa de locos no hay dinero en Nicaragua, donde sin embargo el Gobierno que los yanquis han impuesto, (la bayoneta turnándose con el hambre para llevar a los ciudadanos a las urnas electorales a consagrar a los candidatos escogidos por el interventor) ha podido comprar caro para revender barato al Gobierno de los Estados Unidos terrenos de particulares donde actualmente con dinero del pueblo se construyen los puertos y las carreteras para esos puertos sobre el Golfo de Fonseca que el Gobierno de los Estados Unidos ha deseado. De manera que hay que encadenar a los locos en casa.

Antes que el yanqui creara esa situación no había casa de locos tampoco. Es cierto. Pero para el loco había la libertad de la ciudad. Los locos de León eran famosos: La Gabriela, incansable contadora de un cuento de hadas del que ella era la protagonista principal: Le habían robado la cabeza y puesto otra que no era de ella; le habían robado su cabeza bellísima, de cabellos de oro, de ojos de hurí, la misma que lucía sobre hombros de nieve Doña Margarita Lacayo de Lacayo, y ella, la pobre Gabriela, había perdido no sólo su encanto y su novio sino que también su fortuna; en cuanto recobrara su cabeza le serían entregados sus tesoros, y me enviaría una carretada de oro y de diamantes: Yo, niño, la escuchaba deleitado: Los niños la escuchábamos con encanto.—Y había don Goyo, que se había vuelto loco de ser tan sabio en matemáticas; viejecito sin iras, preocupado sólo por el misterio de que cinco y cinco son diez, de que tres y dos son cinco, para lo que, efectivamente, no hay razón válida ninguna: ¡Cuánto mejor no fuera el mundo si, de repente, cinco y cinco diesen veinte, o diesen nueve! Se podría creer en todo, y seríamos como los ángeles, libres, que no encadenados por unas crueles leyes de lógica inquebrantables pero sin razón de ser; porque no hay razón para que nada sea nada y ser Dios es poder sumar nada y nada y que resulte algo.—Y había Batallón «Batallón conchudo, hijo de la vaca pinta», como le gritábamos todos, chicos y grandes, para enfurecerlo. Batallón era más eficiente que cuanto yanqui experto en sanidad nos ha llegado después. Valía por una docena de Instituciones Rockfeller. Batallón recorría la ciudad recogiendo papeles y cuanto fuese fácil de quemar, y les pegaba fuego a grandes montones de basuras recogidas contra los muros de la Catedral. Odiaba a Dios, odiaba a Cristo, quería incendiar el imponente templo que los españoles construyeron en León. Y sin embargo, era manso con los animales. Saludaba a los bueyes. Amaba a los perros sin dueño, a los perros de la ciudad que iban de casa en casa mendigando, y que también, sin ser contratados por Ministros de Nicaragua en Washington, cooperaban en la limpieza de la ciudad. Hoy se gasta un dineral en yanquis, y si no fuera por los zopilotes, la peste nos arrasaría a todos en Nicaragua. A Batallón, un muchacho con mejor puntería que los demás, y que los grandes, le sacó un ojo de una pedrada. Tuvo que irse de León el desgraciado muchacho, tal fué la ira que la ciudad le lanzó encima. Porque León quiere a sus locos. Orgullo mío de niño era

que en ninguna parte del mundo había locos más locos ni mejores locos que en León.—Y había la Palaca. La Palaca vivía una comedia de Bernard Shaw. Cuando se enfurecía, que era cosa de una vez por año, durante no sé qué movimientos de la luna, se la llevaban presa. León es una ciudad moral y con todo que a los locos se les quiere hay ciertas cosas que sólo a los perros les es permitido. La Palaca siempre salía de la cárcel en estado interesante. En la cárcel también la querían mucho.

Todo eso se acabó. ¡Cualquiera se atreve a ser loco en León con las cosas como andan! Porque hay cada yanqui con rifle y con mando, ¡que Dios guarde! En los Estados Unidos tal vez no hay locos. Son un pueblo privilegiado. O, si los hay, tal vez destripándolos a bayonetazo limpio es como salen de ellos. En León de Nicaragua hay ahora que ser cuerdo, muy cuerdo.

Alfonso Cortés sabía eso muy bien. Pero ahí lo tienen. Encadenado en su casona. ¡Ay de él si lo dejan salir! Hasta que pase la intervención tiene que llevar cadena, por su propio bien.

No fué su culpa que se haya vuelto loco. No quería volverse loco. Quería ser de gran cordura. Amaba a León y por León y para León quiso ser grande. Era poeta y buen poeta. En León, sin embargo, se asfixiaba. El León que él amaba era un León metafísico, la ciudad que está toda en los versos de Darío; ciudad segunda sólo a la Ciudad de Dios. El León físico agobiaba al poeta Cortés. Era un León muy estúpido, muy mezquino, muy lleno de calumnias y de odios; de calumnias sobre todo. Ciudad sin libros, sin escuela, sin maestros. Era preciso salir de ella, y el joven salió.

Era hermoso. Lozano de cuerpo, separados los grandes ojos claros, bella la cara ancha de gato o de león. ¡Qué brillante porvenir el suyo! En tierras de Centroamérica, en Guatemala principalmente, anduvo errando. Y estudiando y ensayando su canto a pleno cuello. De entonces (1921) es ***La epopeya del Istmo;*** poco posterior (1923) es ***El buey.*** Tiene muchos bellos versos más, regados en periódicos y revistas. Algunos figuran en libros de otros: Versos que le han robado del bolsillo, o que le han comprado en sus días de hambre para hacerlos aparecer como propios. Pero se le ocurrió volver a León, ¡y a León no hay que volver nunca! Y en León, ya en plena intervención y prostitución del sentimiento nacional, y en plena miseria que ha sem[illegible]rado el yanqui, Alfonso Cortés fué sintiéndose [illegible]ro, fué cantando menos, pasó hambres agudas, g[illegible]des desprecios, y un buen día la ciudad entera [illegible] decían unos a otros: «Sucedió lo que te dije». [illegible] Cortés se había vuelto loco.

No hay casa de [illegible] adonde enviarlo. Soltarlo sería que lo destripar[illegible] alguna bayoneta *Made in U. S. A.* Encadenado lo tienen en su casa. Y la locura se le agrava porque la alimentación que dicen los médicos que necesita no hay quién se la dé.

De cuanto prometió son prueba los versos de ***El buey*** y de ***La epopeya del Istmo.*** Muchos de los versos suyos perdidos son de igual o superior valor que éstos. Cuando Nicaragua sea libre, si acaso es tarde ya para que un gobierno nacional acuda en socorro del gran poeta enloquecido de hambre,—y apenas tiene 35 años de edad,—lo menos que habrá que hacer es recoger esos versos dispersos y editarlos. La poesía toda del continente ganará con ello. Alfonso Cortés era el primer poeta de Centroamérica después de Darío.

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
diciembre de 1930.

Dos poemas de Alfonso Cortés

=Envío de *Adolfo Ortega Díaz*=

El buey

¿Es de cocido barro o de maderas toscas
este buey, que en la calle he visto más de un día
arrastrar la carreta y espantarse las moscas
con el cansancio inútil de la monotonía?

¿Y qué filosofía puede teder acaso
este cristiano símbolo de las renunciaciones
que va como si el tiempo le hubiera impreso el paso
conque él avanza fuera de todas relaciones?

Su lomo undula al ritmo de cada torpe pierna
mientras sin pena ni odio la hundida frente arruga,
y abre, como testigos de una idiotez eterna,
sus ojos, grandes lágrimas que su párpado enjuga.

Y sin embargo, cuando la nueva Primavera
cruce con pies descalzos por la fecunda gleba,
que sufra, estremecida como una gran cadera,
el varonil mordisco del diente de la esteva,

él gozará en los sacros afanes de la siembra
espasmos panteístas de un gozo no soñado,
pues cual la vaca antaño, hoy es la tierra su hembra
y su virilidad persiste en el arado.

Y no otra sed ni otra hambre tiene tan dulce precio,
ni otro sudor un pago tan óptimo, pues manso
y todo, no hay desprecio igual a su desprecio,
ni puede haber descanso igual a su descanso.

Por eso, hoy que lo veo libre del yugo, creo
que en él está el secreto de la divinidad
y eunuco y todo, afirma un superior deseo,
mientras con las pupilas rumia su soledad.

Y si pudiera hablar de su ciudadanía,
a nuestras almas tristes de hastíos y pecados,
su libre esclavitud tendría esta ironía:
—¿Por qué no harán los hombres sus urbes en los prados?—

León, 1923.

La Epopeya del Istmo

Raza

El canto de voces íntegras y nuevas
se lanza al porvenir. Escucha, oh, Patria,
bajo cuyos caros cielos azules
dormirán mañana mis ojos y mis palabras.

Todo presta atento oído
a los ecos de la sangre y de la raza,
de la sangre latina y de la raza joven
que engendró la conquista en nuestras montañas;
todo presta atento oído,
como si se escuchara
que hablan cosas misteriosas
los volcanes con su antigua lengua en llamas.

Hay un rico despertar
de gérmenes innatos, de ansias
de libertad, de novedad y de igualdad,
que por las arterias de los montes se propaga.
Tenemos un aire indígena
aún para nosotros mismos, fuerza elástica
para plegarnos a toda crítica
y contemplar toda batalla,
y a la vieja Europa le llega el nombre de América
como si el horizonte fuera el que cantara.

Somos un mundo nuevo,
lejos del Viejo Mundo,
que se harta de todo y de sangre se empapa;
estamos separados
por el éter líquido de una mar azul y vasta,
somos una Colonia
que fué a fundar un Príncipe a una estrella ignorada!

La vieja Europa,
como una madre anciana,
tiene los retratos de los abuelos
para decorar la sala;
tiene las panoplias, donde duerme
su sueño heroico alguna espada;
tiene sus selvas filosóficas,
de robles y de encinas magnas,
y sus olimpos,
donde sus épicos pegasos saltan.

Mas nosotros tenemos
la dualidad del siglo en marcha,
y juntamos en síntesis fuerte
la agilidad de los movimientos del alma
a ese prestigio soñoliento y lírico
que nos legó la herencia fatigada.
Comprendemos la Historia,
y amamos sin embargo la audaz Democracia;
conocemos el derecho de ser libres,
y gozamos la libertad como una gracia,
y así, queremos ir hasta el Progreso,
sin olvidar el valor económico de la Palabra.

La Odisea del Istmo

Invocación [illegible] exámetro

*Exámetro, deja [illegible] tus potentes cuadrigas,
conduce [illegible]uenos y dale sonoro ritmo a mi canto:
tú, que otro tiempo sentiste correr por tus venas
la sangre de Homero y el rico falerno de Horacio;
tú, que vestiste con épica malla la cólera aquílea,
y que—de la Mitología en el rojo crepúsculo—
acompañaste en su fuga a los dioses vencidos,
que, a Fidias sumisos, huyeron a refugiarse en el Mármol;
Exámetro, escucha: sacude tu sueño de siglos,
íntegro y noble, resurge después de tántos ayeres,
y en vez de frágil trirreme, domando aeroplano o steamer,
bajo el cielo moderno torna a tu antiguo ejercicio.*

*¿Quién, con infame criterio, podrá decirnos que somos
advenedizos del Tiempo, sin heroicidad ni pasado?
¿Quién, observando la historia con su cauda de siglos,
no evocará con antiguos estremecimientos de orgullo
la gran epopeya aborigen: los trágicos ritos, las rojas
contiendas, los ímpetus libres y la salvaje odisea?
El Popol-Vuh rememórase y el manuscrito de Arana
Xahilah; se incorpora en nuestro espírtu ardiente
un magnífico trueno de atabales; sentimos
que el corazón es como una viva piedra sangrienta
en que corre la humana lava de los sacrificios,
y vemos alzarse en las cumbre de nuestros viejos volcanes,
—vértebras por donde arroja su tuétano ígneo el planeta—
a Tohil, que en un gesto de complacencia divina,
desgrana sobre los Andes sus mazorcas de pueblos.*

La leyenda

*La leyenda asegura—¿no tenemos acaso leyenda?—
que cuando al Istmo le cupo soportar en sus hombros
la sacudida del brusco desplazamiento de razas,
como nunca fué grande el estupor de las selvas,
y que en el choque tremendo del Pedernal contra el Hierro,
saltó una chispa violenta que dió su luz al Prodigio.
Oh, Xelahuh, ciudad magna, tú presenciaste el instante
en que jugaron los Héroes su ajedrez de naciones,
tú que viste, peinado de flechas y pávido, el Valle
del Pinar, dame ahora, cómo evocar la aventura:
Audaz y fuerte era rudo el Conquistador; su coraza
sudaba fuego; el recuerdo tadavia comenta
el atrevimiento imposible de sus épicos saltos,
y sobre todo, su lógica estaba audazmente sentada
en dos inflexibles premisas: su ambición y su espada.
El Indio era libre y salvaje; tenía los brazos
constelados de heroicos tatuajes; se erguía en su frente
un hirsuto penacho de plumas; comía las frutas
del trópico dulces y los sangrientos despojos
de los vencidos, y su alma estaba tallada en el bronce
que funde la Gloria en el crisol del Martirio.*

Tal eran los dos combatientes, los hechos fueron como ellos.

*Cuando cayeron las tribus como langostas, y cuando,
a fuerza de heroicos afanes, quedó agotada la Gloria,
y el odio lavaba con sangre la tierra materna, y mezclaba
los ecos de un himno a las Sombras en cien distintos dialectos;
quedaron suspensos y solos en plena torva llanura,
cual dioses de cultos contrarios, el Conquistador y el Cacique.
Lo que es heroico y es noble tiene un ritual entendido,
y Dios en el pálido abismo, firma los pactos supremos
que imponen los hados adversos o traen los genios propicios:
Los dos Combatientes, a un mismo saludo audaz respondiendo,
trabaron la épica lucha. Largo y sombrío fué el lance,
triste y bárbaro el duelo; la antigua tierra del Istmo
sintióse en plena Iliada, y en la rebusca espantosa,
en el recíproco asedio, cada cual fué más grande
que lo que el destino exigiera. Primero, esfuerzo y bravura,
sangre después y cansancio, y luego... lo escrito.
Largo y sombrío fué el lance, triste y bárbaro el duelo!
El roto menhir y la palma tropical, ese día,
pudieron ver cómo muere, cuando es inflexible, el Derecho,
y la Libertad, cuando es digna. Y el quetzal milenario,
divino nahual de la tribu, sintiendo llegado el momento
que un aborigen profeta en noches de espanto anunciara,
y que en pósteros tiempos, en danza a la pálida luna,
rememoraba el quiche-vinak, triste mitote; el antiguo
quetzal de Tecúm aguerrido, voló de su vasta floresta,
abrió como escudo de plumas sus alas resplandecientes,
contra el Héroe adverso, y herido, dió un grito salvaje,
y cayó sobre el tibio cadáver del Indio yacente en el campo,
que así, lo cubrió una mortaja de esperanza y de gloria...
Lo que es heroico y es noble, tiene un ritual entendido!*

Don Pedro los vió de soslayo, y prosiguió su camino!

El futuro

*Visión de paz. El cielo esplende; el campo brota
racimos pudorosos y prósperas espigas;
el aire es como un beso, y el sol como una gota
de miel que se reparte en las eras amigas.*

*Junto a los valles, donde cantan cosas serenas
los rudos Andes alzan firmes arquitecturas,
y allí los ríos abren sus incansables venas,
en que corre la clara sangre de las alturas.*

*Surgen tropeles, se oyen relinchos, y se mira
pasar grandes hatajos que van cubriendo leguas,
y parece que el suelo tiene una oculta lira,
que pulsan con sus cascos los potros y las yeguas.*

*Y luego las ciudades locas de muchedumbres,
doradas por la gloria de las puestas febeas,
cuyas siluetas fingen, vistas desde las cumbres,
vastos cálices que abren su corola de aldeas.*

*Y el latir rumoroso del corazón urbano,
con sístoles de fábricas y diástoles de ferias,
en donde se estremece el gran torrente humano,
que viene de las venas y busca las arterias.*

*O bien los lindos puertos que erigen su silueta,
olorosos a brea, a mantas y a mariscos,
propicios a las almas del pintor y el poeta,
en éxtasis delante su cinturón de riscos.*

*Y allí los grandes barcos de contexturas recias,
con la indolencia vaga que siempre los anima,
cargados de abarrotes, de granos y de especias,
y de viajeros pálidos que llegan de otro clima.*

*Eso serás, oh dulce tierra materna y grata,
en que el Futuro ofrece tiempos de maravilla,
y en donde la existencia su prestigio aquilata,
y la materia asombra, y el espíritu brilla.*

*Y tú, siendo tan sólo como el glorioso plinto
sobre que se reposan los ensueños eternos,
sientes colmado el campo de tu imperial recinto,
en donde la Abundancia volcó profícuos cuernos.*

*¿Cómo, pues, no cantar tus glorias seculares,
que dan vida inmarchita y noble atrevimiento,
si para el vuelo brindas las alas de tus mares,
y para el canto inicias tu propio pensamiento?*

*¿Cómo no ser un eco de la voz con que clamas
para que el torpe sueño de los siglos despierte?
¿Cómo no alimentar el fuego de las llamas
en que se está forjando el signo de tu suerte?*

*Gloria a ti, dulce América Central, gloria al insigne
momento en que, abolidas miserias ancestrales,
a cumplir te preparas lo que el destino asigne
a tus fuerzas civiles y a tus dones rurales.*

*Gloria a ti en la divina plenitud de una hora
saturada de ensueño y rica de perfume,
en que la Unión, sacro resplandor de tu aurora,
aboliendo el pasado, el porvenir resume.*

*Y sobre todo, gloria a tus grandes Obreros,
canteras angulares del grandioso edificio,
que con espada o pluma—dos gemelos aceros—
dieron a la Esperanza su propio sacrificio.*

A los que entre dolores, rencores y egoísmos,
sintiendo arder la noble llama de su conciencia,
fueron sembrando estrellas en tus negros abismos,
fuerza en tu voluntad y en tu espíritu ciencia.

Oh, pueblos, sed fraternos bajo una misma gloria,
y a la sangrienta norma que proclaman los hechos,
al negror de los odios, al dolor de la historia,
oponed una acción de justicia y derechos.

Para que vindicada la razón de tus actos,
y bañados de gracia tus divinos anhelos,
firméis con la Esperanza indisolubles pactos
y sigáis por la ruta que conduce a tus cielos.

Y entonces, nuevos hombres, de remotas distancias,
traerán a vosotros, coadyuvantes empeños,
por lavar en las aguas de la patria sus ansias,
y sacar de la tierra de la patria sus sueños.

...esa oleada de pueblos, fraterna y no invasora,
derramada en los campos, subirá hasta las cimas,
para labrar la tierra y alabar a la aurora,
en una misma zona y cien distintos climas.

Y la Patria orgullosa y constelada de almas,
con su honor intocado y su derecho ileso,
se cubrirá la frente de rosas y de palmas,
y el probo corazón de paz y de progreso.

Y tendrán en las plazas su debido tributo
los mártires de un día y los héroes de entonces,
para que Dios contemple desde el fondo absoluto
un olimpo sereno de mármoles y bronces.

En tanto, Patria, abrévate en el torrente puro
en donde se refrescan los sueños de la Idea,
hasta que un día se alce delante de ti el Futuro,
y, dándoles la mano, diga a los hombres: Sea!

Estampas

Este aire de año nuevo...

= *Colaboración directa* =

Hemos venido a recibir el sol de año nuevo junto al mar, que es abrir nuestro torrente circulatorio al aire renovador. Es lo único que puede aspirar a renovar el ciudadano común de un país tradicionalmente quieto, apacible, con cierta predisposición natural a que se le tome como modelo. Las ideas mientras tanto son contenidas con la misma precaución con que se contiene la descarga eléctrica de la nube de tormenta. El aire que el mar impregna de salud es infecundo, inofensivo en el mundo del espíritu y de la mente. Da robustez a los tejidos respiratorios, centuplica los glóbulos rojos del ciudadano común y lo vuelvé cada día más sumiso y conforme. Aspiramos el aire tonificado por el sol de año nuevo y nos sentimos verdaderos ciudadanos, alerta contra la invasión de las ideas. Hacemos votos de fidelidad a esta tradición de sosiego que ya señala nuestra patria con los más finos perfiles de ejemplaridad. Nos hacía falta esta visita al mar. Íbamos perdiendo contacto con la realidad. La ciudad nos recibirá de nuevo en su seno sin anhelos, sin pensamientos, sumisos al ambiente. Seremos fieles a la tradición y si alguien nos pidiera parecer en la formación de un partido político, aconsejaríamos prudencia. Esta virtud es la que lleva a los ciudadanos comunes a la de ganar. Y a la de ganar es a la que todos nos apuntamos. La prudencia extermina los principios, es decir, aleja posibilidades de fracaso. Con prudencia se atraen voluntades, que es a lo que debe aspirar todo movimiento político. Calcular las palabras, aplicarles un sentido antropométrico para que lleguen acariciantes a donde el rico que suministra el dinero, a donde el finquero que da votos, a donde el gamonal que llena de nombres las directivas, a donde el funcionario de jerarquía alta que mueve todos los resortes oficiales. De esta manera el partido va creciendo, atrayendo unidades, ganando la confianza pública. ¿Qué necesidad tiene de asumir la defensa de principios, si las circunstancias están sobre ellos, moldeándolo, dándole volumen? Los principios son idealidades peligrosas para un país de tradición. Entrañan la necesidad de ir al campo de las ideas y éstas son armas peligrosas.

Además, ¿para qué dar la preferencia a los principios cuando las circunstancias pueden más que aquellos? Y en política hay que estar con lo que tenga poder material, porque no se aspira a renovar nada, sino al cambio de fantoches. Unos hombres se adueñan del gobierno y entonces otros que quieren adueñarse de las clásicas «riendas», estimulados por la facilidad con que se gobierna a un país, constituyen un partido de circunstancias. Por las circunstancias hay que ser prudente en política, sin aventurar juicios, desplegando la vela a todos los vientos que la impulsen al arribo venturoso. Si hay asomos de borrasca no hay partido. ¿Cómo vamos a exponernos al fracaso? A la política no se va a hacer ensayos. O se cuenta con el triunfo seguro, o no hay partido.

Así reflexionamos, estimulados por el aire que ha vuelto ardiente el sol de año nuevo. Fantaseamos un poco, porque nos separamos de nuestra condición mínima de ciudadano común. ¿Quién podrá pedirnos parecer para la formación de un partido político? La tradición del país ha señalado ya los personajes que hacen y deshacen esa masa fofa que es la política. Unicamente nos toca obedecer, enfilarnos a la voz mandona de los políticos de profesión. Y ellos son hombres de circunstancias. No hay quien las conozca mejor. Al ciudadano común le corresponde ponerse a tono con los políticos. Seguirlos en sus idas y venidas, pararse en las esquinas en donde ellos resuelven los problemas de la política, consultarlos, maravillarse de sus habilidades. Le toca combatir a los fantaseadores, a los que imaginan que se puede hacer política sin haber antes trajinado mucho en decenas de campañas. Esos fantaseadores tienen que volver a la realidad, es decir, ser hombres de circunstancias. Las circunstancias son omnipotentes y si en determinado momento dicen ellas que no conviene ponerse mal con la compañía extranjera que explota este o aquel monopolio monstruoso, el deber es obedecerlas y coquetear con la monstruosidad. Por eso los principios son la mortaja de los partidos políticos. Alzar la bandera del antilatifundismo, del antimonopolismo en la forma que sea, es despertar la cólera de grandes intereses que dan en la sepultura con cualquier partido político. Y como un partido se apunta a la de ganar, el tacto político consiste en sumar todos esos intereses, en dejarlos tranquilos para que no frustren las esperanzas en la victoria. Las circunstancias dan hoy un tono a la lucha y mañana otro, pero al final el tinte que predomina es el del triunfo. Los principios imprimen desde el comienzo un ritmo y una coloración. El partido que los infunde hace ciudadanos austeros, incapaces de mentir, que hablan de renovar los métodos de gobierno con cierto fervor religioso. Pero en política no convienen ciudadanos de austeridad. La zalamería que miente, que abraza, que se emborracha, que denigra, es lo que da fortaleza a un partido.

Qué reconfortante el aire salado lleno de fuego por el sol de año nuevo! Limpia de idealidades, hace hombres prácticos, que son los que infunden prosperidad a una nación. ¿Por qué no vendrán a aspirarlo los que todavía sueñan (sueñan nada más) con renovar la política del país? Todos sus sueños inofensivos, enclenques porque sólo tienen confianza dentro de las paredes de una oficina, se irían soplados por estos vientos marinos. Volverían al seno de la sociedad hechos hombres prácticos, al servicio de la política y de los políticos. Dejarían de recostarse a los principios y buscarían la sombra de las todo poderosas circunstancias. A nosotros nos ha hecho el gran bien este aire de año nuevo de volvernos cuerdos. ¿Mantendremos esta cordura? Abandonaremos la compañía del Dean Swift, de Gracián, de Plutarco, compañía que nos vuelve inconformes con el ambiente? Aspiramos mucho aire marino de año nuevo, tratamos de almacenarlo para prosperar y ayudar a prosperar.

Juan del Camino

Limón, enero del 31.

La oración de Guillermo Valencia en San Pedro Alejandrino

Primer centenario de la muerte del Libertador

Señoras:
Señores:

Difiere esta grave conmemoración, del jubiloso clamoreo con que el 24 de Julio de 1883 cantaba gente de América el epinicio de su máximo Libertador. Todo aludía entonces, por el regocijo fervoroso, a la Navidad republicana. Hoy es muy otro el tinte del recuerdo en este sitio memorable donde el relámpago de la evocación gloriosa cebra apenas sobre fondo oscuro las últimas horas del andante caballero de la Democracia.

Cupo a Caracas, la magnánima, la predestinación redentora al dar la vida al Padre, y a la hidalga Santa Marta, el envidiable sino de asilarlo y ungirlo para el descanso postrero después de la gesta sin par.

La constelación bolivariana realizó el prodigio de su aparecer esplendente, del propio modo que se ordena y mueve la creación sideral de un sistema. Una incoercible aspiración difusa, de nebulosas vaguedades, esparcida en espacios inmensos, giraba desordenadamente en las más opuestas direcciones, solicitada por mudables núcleos, hasta que sintió de súbito la irresistible atracción de un foco inmenso de prodigiosas radiaciones, llamando a sí las energías dispersas que, al caer en su seno, aumentaron la actividad ardiente, precipitaron la acción modelando la masa, y aventaron al horizonte cinco mundos en que se continúa el proceso vivífico bajo el hálito fecundante del sol que les dió ser: el espíritu de *Bolívar!*

De uno a otro extremo de nuestro Continente ardía la sed de liberación que alimentaba el germen de una existencia nueva. La libertad, único ambiente posible de las almas, que siempre apareció como símbolo de la madurez cultural y acompañó a través de los siglos la marcha de los hombres, ora como un fanal o como una esperanza, fulgía en nuestra América de modo intermitente, extinguiéndose para reaparecer bajo el soplo furioso de la porfiada tradición. Quién reanimó esa llama dándole la eficacia purificadora del incendio? Quién la hizo hablar en lenguas vivas? Quién creó de la nada tras ordenar el caos? Quién sistematizó el esfuerzo que engendró la victoria? Quién tornó perenne bronce la arcilla terrosa que recibiera para modelar héroes y pueblos? Quién transmutó la esclavidad en libertad? Quién polarizó los anhelos de tres razas haciéndolas olvidar el pasado sangriento, reconciliándolas para siempre sobre el regazo de la igualdad? Quién, intuyendo el porvenir, leyó el destino sobre la mano tímida de los Estados que nacían? Cómo se nombra aquel cometa cuya cauda de fuego al apagarse en este mar dejó marcada nuestra ruta para la conquista del futuro? Exultemos su nombre en las arpas enlutadas del silencio...

Considerado individualmente, él no fue fruto común de una planta vulgar, sino la baya insigne que acendró, apurándolo, el vigor milenario de la cancrosa encina vasca. Ciertos hombres, como algunos frutos, revelan una superación que sólo alcanzan organismos de larga persistencia y profunda raigambre entre el suelo rocoso que sostiene a una raza histórica. Es el milagro de la sangre, que lo mismo se ofrece en cualquiera de las grandes agrupaciones étnicas, siempre que a la excelencia original se sumen ciertos factores ancestrales que confieren al atributo hereditario caracteres de permanencia: Viriato, Don Pelayo, Bolívar cierran los vértices del triángulo de Vasconia. Fiereza, orgullo, paciencia, audacia, tozudez, abnegación, hidalguía, no crecen parásitas de semillas sembradas por el viento; fuertes renuevos son duramente adheridos a los añosos ramajes de agrupaciones homogéneas. Basta que aquellas virtudes cual finos pedernales choquen contra la acerada dureza para que salte la chispa genitora de vida. Minerales menos recios se rompen en la prueba. Con ser tan afines, por la transparencia y claridad, diamante y vidrio, aquél sólo hende a éste por la virtud acumulada de milenios aquilatadores.

La vida formó a Bolívar para la lucha heroica; antes que en libros, bebió en aquella fuente la sabiduría de la acción. Entró en la juventud por la fosca puerta de un inmenso dolor que dejó medio esculpida su alma fuerte. Doctrinóle Europa en la difícil ciencia de conocer a los hombres; instruyóle en las artes de la frivolidad elegante que da ligereza y finura para la lidia de gentes; comunicóle su filosofía que obliga a inquirir el por qué; mostróle el ejemplo de instituciones que le ampliaron la visión del futuro, aguzaron su espíritu crítico, dieron alas a su inspiración renovadora, exacerbaron su deseo hacia una realidad inmediata, iluminaron su concepto del pasado perfilando en su mente el compromiso del venidero; enseñóle, en fin, a amar, a olvidar, a pensar, a desconfiar, a comparar, a intentar, a prever y a sufrir. Le inculcó Juan Jacobo la peligrosa exaltación de su naturismo delirante. Dos sabios—Bello y Humboldt—depositaron en su alma fecunda la simiente de una aventura prodigiosa, y el trashumante don Simón Rodríguez le inspiró un estoicismo escéptico que nos recuerda a Séneca. Ante las glorias del gran Corso dióse cuenta de que los plumones de su ambición naciente podían velar el prodigio de los remos del águila... y comenzó el Libertador.

Arduo era el magno empeño, y en el mundo por conquistar las dificultades germinaban con la exuberancia del trópico. El hombre ofrecía en América una escala de resistencias que se caracterizaban así: la raza africana, sin derechos, sumida en el marasmo de su inexistencia civil; la indígena, aletargada por una sujeción de tres siglos, sumados a su esclavitud anterior, a su natural indolencia y a su carácter desconfiado; los libres, que lo eran sólo a lo largo de la cuerda que les uncía a la autoridad divinizada; los peninsulares satisfechos en su tranquilo usufructo colonial, y algunos hombres de luces a quienes sacudían los vientos nuevos que soplaban de Europa y en cuya sangre criolla fermentaba la rebelión contenida por tántos obstáculos de invencible apariencia.

Los elementos materiales hallábanse todos en manos de los agentes españoles: barcos, guarniciones, plazas, armas, rentas, diseminados sobre un territorio extensísimo, con las caldeadas soledades de sus grandes llanuras, «en que la arena produce la impresión de los horizontes marinos»; con sus ríos inmensos que parecen piélagos; con sus enhiestas cumbres frecuentadas del cóndor, que pisarían no muy tarde los libertadores; en una palabra, mostrábase impotente la tiranía del espacio, reagravada por la adustez del medio físico que multiplicaba el factor tiempo.

En el campo moral, la continuidad en los sistemas de gobierno; la predicación por tres centurias de unos mismos postulados de cuya observancia respondía la inflexible severidad, constituían el medio en que iba a desarrollarse la acción transformadora de un puñado de inconformes. Como luciérnagas en la noche, habían fulgido a lo largo de nuestro hemisferio las rebeliones sofocadas.

Bajo tales auspicios comenzó la brega. Desde que terció en ella, principió a revelarse el carácter imperativo y audaz del hijo epónimo del Avila. Con Miranda conoció el valer del entusiasmo contra la adversa realidad, y su visión certera del problema emancipador lo impulsó a superarse a sí mismo para suplir a los que fracasaban. Pasará sobre las ruinas de Caracas como sobre Miranda, sobre Nariño, sobre Piar, para seguir la obra desde el punto en que la dejaron. Dotes tuvieron ellos y muy grandes, pero no bastaban a realizar la misión del genio, y éste, que tenía conciencia de sí propio, les arrebató la antorcha y prosiguió en vertiginosa carrera a su destino.

Quince años de rudo choque contra la adversidad pulieron las facetas del adamantino capitán, y apareció el soldado infatigable, valiente y previsor; el jefe experto, imperioso y providente, pulcro e inflexible; el vencedor justiciero y magnánimo; el vencido soberbio y pertinaz; el diplomático sagaz, insinuante y fecundo; el orador de excelsitud subyugadora; el político hábil de intuición prodigiosa hasta cristalizar en unos cuantos aforismos la evolución sociológica de los pueblos indólatinos; el modelador de naciones dentro de su índole peculiar; el forjador de quimeras que gustaba proseguir el camino hacia la gloria tomándolo en el sitio que alcanzaron los grandes, como cuando holló la cima del Chimborazo, saltan-

do la meta que detuvo a Humboldt; como cuando escaló el Potosí, con la enseña de Colombia, adelantándose desde el punto a que llegará San Martín.

La envidia le mordió sin fruto; la rivalidad emuló con él sin dañarle; la traición le alargó solamente los caminos del triunfo; el fanatismo, semejante a un molusco, ennegreció, no más, el fondo diáfano en que navegaba el inocente; la cobardía y el egoísmo corrieron cerrojos al escuchar los pasos del inflamado caballero que cruzaba sin mirar siquiera; las balas se desviaron ante el libertador de pueblos, y los puñales asesinos no lograron escribir con la sangre del león el epitafio de la eterna vergüenza. La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio, ni la venganza, ni la muerte.

Nadie gozara, en cambio, de más dulces embriagueces: de las que brinda la vida a toda mano juvenil; de las predestinadas a los realizadores de imposibles. Pocos espíritus recorrieron como ése, pasando por los más indescernibles matices, la gama del infortunio. Muchas veces dentro los términos del día, cayó desde el arrebato del éxito feliz al abismo de la desdicha, sin quebranto palpable de su ser que tenía una virtud cicatrizante y enfielaba en serenidad los bienes y los males.

De todo ese accidentado vivir, de esa compleja disciplina, de esa urgencia de acierto, de esa vital necesidad de clarividencia, de esa aguda percepción del momento, de ese usar sin tregua del factor hombre, de ese perenne convivir en todos los medios sociales, de ese trashumar de pueblo a pueblo, de ese análisis continuo de tradiciones y prejuicios, de ese agitado espectáculo de pasiones humanas, surgió el admirable estadista que supo determinar con ojos certeros las condiciones necesarias de existencia a los organismos que procedían de él. Hay que recordar un instante cómo era de profunda, de intensa, de vehemente el alma de Bolívar, para poder explicarse sus errores. Para él la defensa de las instituciones que creaba era condición vital que no quería arriesgar; por eso lo vemos abrazado a su amada Colombia con la excluyente fiereza de un felino que, tras fatigosa aventura, siente rendida entre sus garras la difícil gacela.

Con ojos de profeta sondó en el porvenir y vió donde otros no veían, el peligro, no por remoto menos real. El había comunicado un hálito creador a cinco naciones que fueron fruto de su genio, y el impulso inicial que las llamó a la vida iba a cesar cuando siguiesen por órbitas propias y se desarrollasen al imperio de actividades interiores. De allí las admoniciones admirables de sus mensajes y proclamas; el vasto alcance de sus leyes; la sabiduría de sus cartas; la atrayente brillantez de sus coloquios; la portentosa exactitud de sus apreciaciones. Cuando la pasión no le turbaba, ni le obnubilaba la amargura, su juicio era infalible: cien años de historia americana son el mejor testimonio de la precisión, madurez y perspicacia del estadista fundador.

Profesó y proclamó lo que pudiera apellidarse patriotismo integral; el que partiendo de la selva de la tierra nativa, la extiende hasta formar la vasta complejidad de los tejidos internacionales. Oídle: «Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento; los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma para la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo excita en nosotros sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fué el teatro de nuestra inocencia; de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y cuanto nos ha formado. ¿Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración?»

Cuando pensó en la libertad, dedicóse primero a buscarla para su suelo natal. A medida que avanzaba en la lucha, iba dilatando el concepto a la nación vecina; luego a otras más distantes; finalmente, poniendo como núcleo a Colombia la grande, llegó a esta fórmula: «Una sola debe ser la patria de todos los americanos,» concepción grandiosa, magnánima y profunda que, a pesar de los obstáculos que halló en vida de su dueño—Congreso de Panamá, desmembración colombiana—va abriéndose camino en la forma actualmente posible de la inteligencia recíproca y la cooperación hasta cristalizar en un acuerdo político-financiero que se ajustará el día, acaso no muy distante, en que, al par de otros factores decisivos, el Asia unificada amague destruir el ideario cultural de Occidente, incluído el nuestro que de aquel deriva.

Cómo prepararse al necesario acuerdo? Buscando unidad en el concepto político sobre la base de la democracia regular. Recordemos sus enseñanzas:

«Dios ha destinado al hombre a la Libertad; él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.»

«La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de justicia y en el cumplimiento perfecto de las leyes para que el justo y el débil no teman.»

«La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término.»

«La verdadera constitución liberal está en los códigos civil y criminal, y la más tremenda tiranía la ejercen los tribunales por el tremendo instrumento de las leyes.»

«Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote. Los intrigantes corrompen los pueblos desprestigiando la autoridad.»

En otra ocasión dijo:

«He conservado intacta la ley de las leyes, ***la igualdad;*** sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacerle sacrificios. La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza.»

«La anarquía es el infierno de los hombres».

«Unión, unión, o la anarquía os devorará.»

Todos estos postulados, eternamente nuevos, solidarizan a los hombres en aspiraciones y métodos antes de congregarlos en la tabla redonda en que se ajustan las prestaciones recíprocas para común provecho.

Antagonismos, al parecer irreductibles, pueden armonizarse bajo el amparo de la democracia. Por apartados que parezcan los radios, siempre habrán de juntarse en el centro común que radica en la universal esencia de la naturaleza humana. No dijo más que Bolívar, Eliseo Réclus cuando asentó: «***El punto de equilibrio*** es la perfecta igualdad de derechos entre los individuos.»

Si a la obra militar de Bolívar, primera y necesaria etapa de su creación política, impusieron un límite las circunstancias, a su concepto sintético de unidad continental no pudo entonces ni podrá nunca oponerse una motivada renuncia, y aún menos hoy cuando la concreción del espacio y su derivado aprovechamiento del tiempo, propician la convivencia de los grupos raciales; estrechan y dilatan las relaciones comerciales y jurídicas, llevando éstas a la comunidad de principios y fórmulas. No vacilo al afirmar que en cualquier momento de la historia, el espíritu de América con sus aspiraciones y carácteres esenciales, sabe reproducir, ensanchada, el alma de Bolívar: semilla prodigiosa que encierra los gérmenes de toda posibilidad y los lineamientos vitales de toda realización.

Interpretar esa fuerza creadora en su clarividencia intuitiva es hallar soluciones a los problemas de soberanía, de defensa y decoro patrio, de aprovechamiento geográfico, de utilización de las riquezas naturales, de robusta confraternidad y recíproco apoyo, de ordenado avance dentro de la ley histórica y la característica geográfica; pues la fuerza del genio tiene eso de admirable: dicta perennes normas; influye hacia la lejanía con viva actuación; ostenta su flexibilidad de adaptarse a los nuevos medios; sigue creando los instrumentos de trabajo para cada precisa situación: Sucre, Santander, Gual, Páez, Córdoba—en sus peculiares actividades—exhiben por diverso modo los rasgos inconfundibles del troquel boliviano.

La doliente conmemoración que ha congregado tan insignes personalidades cuya asistencia aprecia y agradece hondamente el pueblo colombiano, tiene además del recuerdo histórico una vasta significación: Bolívar no es solamente el genitor de una pentarquía: es el humanado símbolo de un Continente, y aún más: el polígono sin par de todas las hombrías, incorporado ya como un valor esencial común de nuestra especie. Para saber el grado de toda una civilización, nos dice Brandes, basta investigar si está madura para Goethe, y éste fué quien escribió en 1828: «Simón Bolívar es un hombre perfecto: no carece de contradicciones». El ha triunfado en el paralelo con los más grandes de la historia, superando a uno por la fuerza creadora; al otro, en la enormidad y persistencia de los obstáculos vencidos; a éste, por el desprendimiento sin límites y el divino gesto de la munificencia inagotable; a ése, por la extensa comprensión de las realidades; a aquél, por la sublimidad del ideal a que servía; a muchos, en el dón fulgurante del verbo; a otros, por la plenitud entre la brevedad de la carrera, coincidiendo con todos en el tesón y la pujanza, la audacia y la ventura, y con algunos ¡ay! en el fenecer infortunado.

Esto explica, de seguro, la solemne asistencia de ilustres enviados internacionales venidos aquí a reafirmar el rito de admiración con que los grandes pueblos celebraron siempre la prestancia del Padre de Colombia; lau-

des que se dilatan sobre el haz de toda la tierra.

Esta mansión, que ya era noble con la nobleza auténtica de su dueño peninsular, perpetuamente ligado a estos recuerdos, fue ennoblecida aún más por el dolor incomparable del proscrito. El celo republicano, la lógica política, la estrictez de concepto para juzgar al Padre, los errores de éste, la rectitud de unos, la ambición, la envidia, la flaqueza, la ingratitud característica del animal humano, acertaron con el sitio vulnerable del nuevo Aquiles: *su reputación y su amor a la libertad.*

Qué fue del mancebo galante de las veladas parisienses, visitador de Cortes y concurrente asiduo al coloquio de la sabiduría? Qué del afortunado segador de los mirtos bermejos? Qué del centauro enloquecido en su furiosa carrera de mar a mar, a lo largo de las pampas encendidas o por sobre los nudos ciclópeos del Ande atormentado? Qué fue del héroe mozo, inquieto y ágil como un jaguar, rápido en la acometida, certero en el zarpazo, acosador y valiente, porfiado e incansable? Qué se hizo el *Imperator* de los desfiles victoriosos, circuido de ninfas, abrumado de laureles, visto entre luz de iris a través de las lágrimas, encadenado por los brazos sangrientos de los esclavos redimidos, o paseándose delirante a lo largo de la mesa que congregó a los paladines? Dónde el magistrado severo que leía mensajes da profundo saber ante la altivez subyugada de los fieros eupátridas? Dónde el orador soberbio en el corcel de guerra, como Astolfo en su hipogrifo, galopando ante el ejército que camina a la lid bajo el ensalmo del verbo centelleante que reanima, incita y arrebata? Qué fue de nuestro sublime manchego, el del galgo corredor que le abandonó un día; del viajero hacia la luna en su Clavileño de Casacoima; del que rindió gigantes, rescató princesas, libertó galeotes, sacudió al león asiéndole por las melenas, y se reconcilió para morir con el Divino Señor de los cristianos viejos?

Miradlo al pie de aquel tamarindo sereno, donde gustaba de sentarse: inmóvil, meditabundo, demacrado, terroso. La ancha frente, calcinada y comba, se vela de unos grisáceos mechones que sombrean hondos surcos que cavó el pensar para la siembra de la gloria y que hoy viste el desencanto, de pérfidas espinas. Los ojos, con la mirada vuelta hacia el interior, semejan cráteres extinguidos; muda y árida la boca cual una cisterna disipada. Las manos creadoras que modelaron gigantes con la arcilla de los aluviones y plasmaron esferas de luz regidas por un ritmo feliz, penden cansadas en su lividez huesosa, y las plantas que hollaron la diadema del Chimborazo, inertes, enflaquecidas, fuseladas, se ocultan flojamente entre las botas militares; el uniforme, plegado en mil arrugas, delata la extinción muscular. Solamente las cigarras, símbolo de la Grecia esquilina, turban su soledad y su silencio. Un lagarto se detiene a mirarlo, en actitud hipnotizada. Dijérase la estatua mútila de un dios, o un Partenón que sobrevive a la tragedia de la barbarie humana...

Vedlo cómo se aleja de aquel tamarindo sereno a cuya sombra gustaba de sentarse. Camina penosamente a su retiro, donde comienza a leer:

Colombianos:

«Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando, cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación, y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis persiguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono...»

Aquí flaqueó su voz, se nublaron sus ojos y una profunda emoción le impidió seguir. Uno de sus oyentes continuó leyendo:

«Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

«Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria: si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro!»

Al llegar a este punto, el mártir dijo con voz sorda: «Sí, al sepulcro... Así lo han querido mis conciudadanos. Pero los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.»

Sí, Padre inmortal! Aquí estamos los hijos de las naciones a que diste la vida, a renovar el voto de fraternidad que imploraste aquel infausto día en solicitud angustiosa. Si hemos venido a llorar nuestros pasados extravíos, nuestras luchas de hermanos, la sangre del justo Abel vertidas tántas veces, los años consumidos en el odio y la esterilidad, en la intolerancia agresiva, el sórdido interés, la tenaz rebeldía, la rabia iconoclasta, la persecución a los buenos, el desdén a los humildes, la flojedad para educar, la indiferencia ante el mal, la laxitud en servir a la Patria; te traemos también en desagravio la cosecha de nuestros pensadores, la obra de nuestros estadistas, el sacrificio de nuestros guerreros, el dolor de nuestros hombres públicos; sus persecuciones y destierros, la ruina de nuestros hogares, la zozobra de nuestras familias, el llanto de nuestras madres, el martirio sin fin de los conductores; todo, todo, como rescate de las ingratitudes que aceleraron tu fin: inmenso río de dolor con qué refrescar las raíces del gigantesco árbol de vida que plantaste para nosotros!

Este sagrado lugar, que con el campo de Boyacá es el más ilustre de la Patria, recibió amorosamente los despojos del Padre. ¿Qué hemos traído nosotros colombianos a este altar en ofrenda y desagravio? El sincero tributo del pueblo, presentado por labios del ilustre Jefe del Estado, y el mensaje reverencial de un humilde vocero del cuerpo soberano de la Nación. ¿Y nada más? Sí: la victoria del orden civil, la palpable realidad respeto a la ley, la aceptación cordial de la voluntad popular en la decorosa trasmisión del poder público.

No ha concluído el siglo sin que hayamos gustado varias veces el fruto de la conciliación patriótica, única formula posible de progresar en paz. Creemos estar cumpliendo tu postrera súplica, oh Libertador! Y frente a este asilo augusto queremos renovar el voto solemne de rendirnos siempre ante la ley. «Sin moral republicana—nos dijiste—no puede haber gobierno libre». Esto no amengua el fervor de las ideas ni la energía con que luchen los bandos para hacerlas prosperar y aplicarlas en la vida civil, porque en la República, como tú lo afirmaste, «caben los dos términos definitivos de las sociedades humanas: la libertad y la autoridad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad».

La generosa y fiel interpretación de tus ideales; su aplicación constante a nuestra vida cívica e internacional en forma que transporte a nuestras costumbres públicas y a nuestras relaciones entre pueblos, es el don más preciado que podamos dejar conmemorando secularmente el aflictivo trance, sobre estas aras votivas. De otra manera, éste y los venideros, serían sólo *el centenario de la ingratitud!*

Al recordar tu existencia inimitable, goza un dulce alivio mi ser que te ama y admira con una intensidad que en él no suscitan ni otros héroes ni otras glorias; siente una gratitud que arde perennemente confundida con la llama que alimenta mi apartado vivir. A los cuarteles de tu escudo agregaste blasones que opacaron los antiguos, y a los que tú pusiste, dejaste por empresa tu feliz palabra: *«La gloria está en ser grande y en ser útil.»*

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica